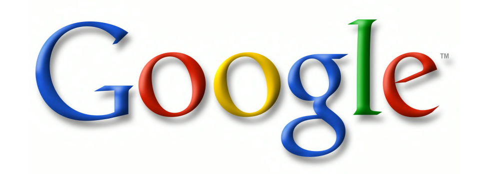
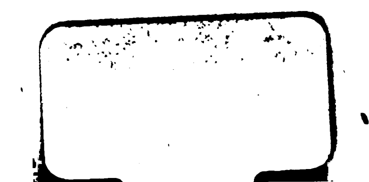
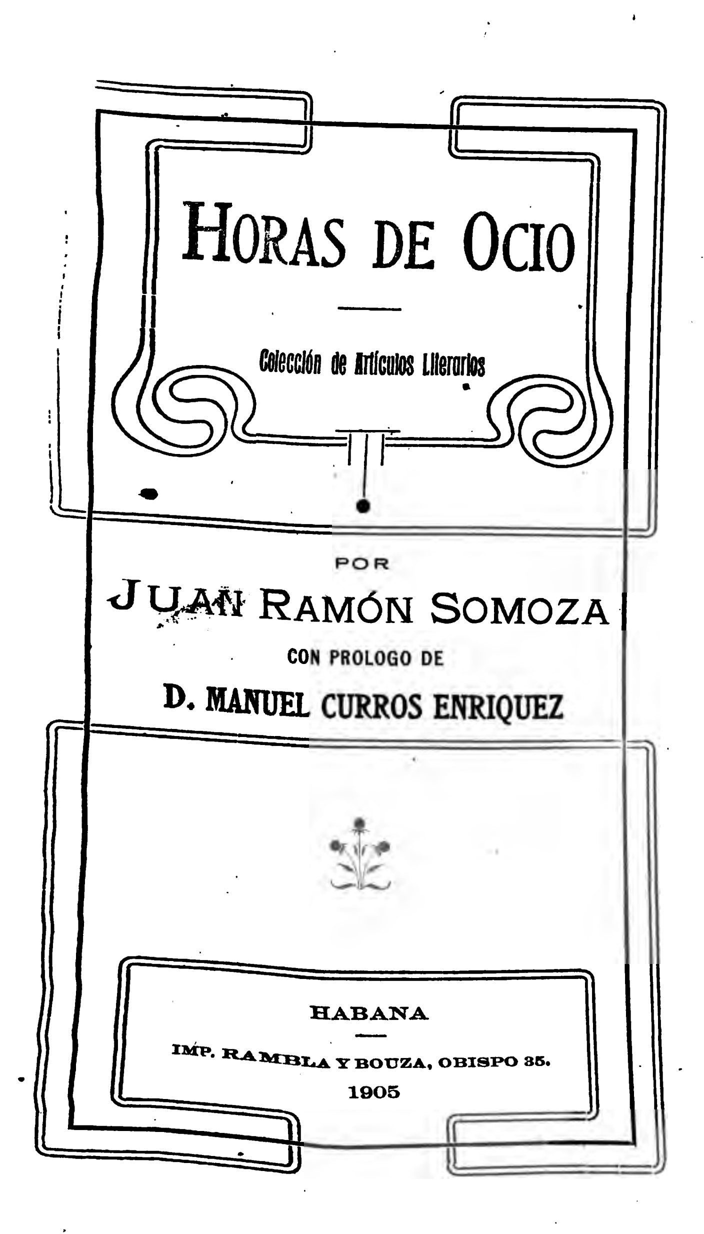



SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE





HORAS DE OCIO

Colección de Artículos Literarios

POR

JUAN RAMÓN SOMOZA

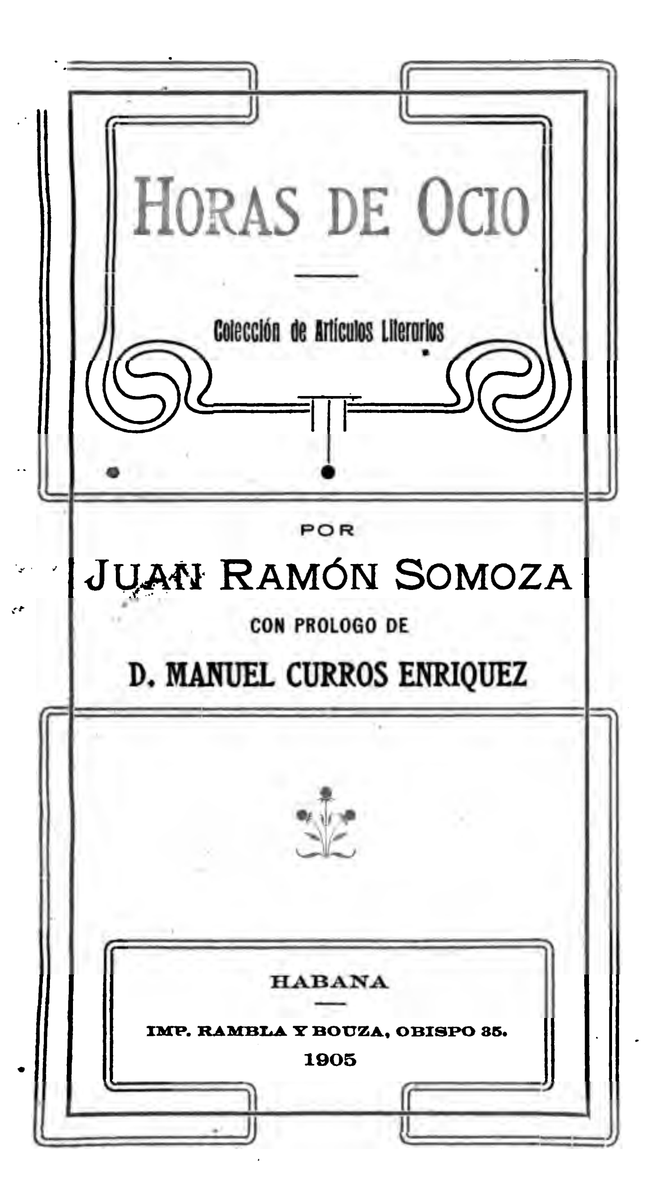
CON PROLOGO DE

D. MANUEL CURROS ENRIQUEZ

HABANA

IMP. RAMBLA Y BOUZA, OBISPO 35.

1905



HORAS DE OCIO

Colección de Artículos Literarios

POR

JUAN RAMÓN SOMOZA

CON PROLOGO DE

D. MANUEL CURROS ENRIQUEZ

HABANA

IMP. RAMBLA Y BOUZA, OBISPO 35.

1905

HORAS DE OCIO

COLECCION DE ARTICULOS LITERARIOS

POR

JUAN RAMÓN SOMOZA

CON PROLOGO DE

D. MANUEL CURROS ENRIQUEZ



HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA

OBISPO NUMEROS 33 Y 35

1905

DEDICATORIA

Al elocuente orador y escritor brillante D. Angel Barros Freire, saliente figura de la Colonia gallega de la Habana.

Hay algo que oblíga tanto como la amistad, que impone tan sagrados deberes como el cariño: la admiración. Y entre usted, Sr. Barros, y el autor de estas páginas humildes, que se presentan al público sin más títulos que los dos nombres que las honran: el de Vd. que se sirve aceptar mi pobre testimonio de afecto, y el del ilustre Curros Enríquez, que se digna autorizarlas con su firma; entre usted y yo, repito, median esos dos talismanes del esprítitu humano: la admiración que usted me inspira, y el cariño íntimo que mutuamente nos identifica y atrae.

D. Angel Barros Freire es un gallego que con su palabra y con su pluma enaltece y dignifica á la pequeña patria.

Amante yo de cuanto á ese fin generoso

tiende, creo un deber dedicarle los primeros frutos de mi pluma, la colección de articulitos que en **horas de ocio** tranquilo he podido pergeñar.

A usted debo, Sr. Barros, ese consuelo supremo que en los trances amargos de la vida pueden sólo prestar los amigos del alma. Usted me animó en los momentos de desmayo, usted me guió con mano cariñosa por la senda que conduce al triunfo. Para llegar á ese término lejano, lucho, Sr. Barros, y el primer fruto de mi lucha, es éste. ¿A quién dedicarlo si no es á usted?

Sencilla prueba le doy de gratitud, pero no por sencilla y pobre vale menos. ¿Sabe Vd. por qué, amigo mío? Porque es hija del corazón, y los corazones que no olvidan, no son, no pueden ser nunca pequeños.

JUAN R. SOMOZA.

PRÓLOGO

Supone una tan portentosa disciplina de todas las actividades cerebrales y psíquicas, un triunfo tan completo—intentado ó realizado—sobre las indolencias y las rebeldías del espíritu y de la materia el escribir libros, que nunca hemos podido abrir uno sin sentir profundísima emoción. Y esta emoción sube de punto cuando el libro que llega á nuestras manos es el primero que su autor publica, porque entonces parécenos asistir á la iniciación de un destino, á la revelación de un misterio, á una de aquellas sagradas metempsícosis del viejo mundo oriental por virtud de las cuales, así como la fantasía de los antiguos convertía los hombres en héroes y los héroes en dioses, de la misma manera, si bien con mayor exactitud y verdad, suelen convertirse en nuestro tiempo los innominados en celebridades y las celebridades en árbitros de las naciones.

Toda primicia es sagrada, en efecto; y esto debían saberlo bien las pasadas mitologías cuando hacían de ellas ofrenda y holocausto á los dioses. Quizá poseían la revelación de que debían serles gratas. Y es que en los primeros frutos, áun sin sazonar, están contenidas las promesas de las grandes cosechas, el sacrificio de las vocaciones y la pureza inmaculada, valiosa como símbolo y como realidad, de la ofrenda misma. El primer perfume de la flor recién abierta, el primer beso de la mujer amada, la primera victoria, el primer hijo, la primera luz que hiere los ojos del prisionero al través de los hierros de su cárcel, abren el corazón á la esperanza, dilatan el alma con la seguridad de las propias fuerzas y tienen tales prestigios que, sin pretenderlo, se imponen á todo nuestro sér, y nos embriagan y seducen de igual modo á los hombres que á los dioses, pues no en vano participaban éstos de nuestra naturaleza y por algo tenían nuestras propias pasiones.

Reune, por consiguiente, títulos bastantes á nuestra atención la presente obra, con sólo ser la primera que da á la estampa su autor, carísimo amigo, paisano y

compañero nuestro en la prensa, Sr. Somoza.

Esta amistad, este paisanaje y este compañerismo, han de limitar forzosamente nuestra libertad para analizar su libro, ya, antes que por tales razones, limitada por nuestra irremediable incompetencia. Por fortuna no es un juicio lo que se nos exige sino un Prólogo; y en esta clase de trabajos no es de preceptiva cabalgar sobre las teorías, los principios y las tendencias del arte, ni perderse en disquisiciones filosóficas ni análisis lingüísticos para formular decretos inapelables. Basta á nuestro objeto consignar, al correr de la pluma, la impresión recogida en su lectura, emitir sencillamente nuestra opinión sin razonarla siquiera, desde el punto de vista individual en que nos es lícito hacer apreciaciones y recomendar, citándolos, aquellos trabajos del tomo que han dejado más huella en nuestro espíritu ó herido más hondamente nuestra curiosidad, abandonando íntegra á la crítica la tarea de un estudio más inteligente y desapasionado.

Comencemos por denunciar una enorme superchería estampada al frente de este volumen. Somoza le titula **Horas de ocio,** y en el ocio nos ha de perdonar le digamos

que no se producen libros como el suyo. En el ocio, ni libros ni nada. Indudablemente ese título está buscado exprofeso por un refinamiento de poética coquetería, para hacernos creer que el autor es una feliz excepción entre la prole de Adan, por Jehovah condenada á ganarse el pan con el sudor de su frente. Qué más quisiera él! Pero, por desgracia, no es así. Somoza se ha olvidado de que está en los trópicos, que es peninsular y que se procura el sustento trabajando veinte de las veinticuatro horas del día; lo cual, en todas partes, menos en la Habana y en la clase de periodistas en que él figura, es trabajar más de lo que se puede y de lo que se debe.

No tratemos de averiguar si el pan que con tanta fatiga disputa á la concurrencia es suficiente para su "congrua sustentación;" pudiera resultar que no, á poco que hurgásemos en el asunto; y un indicio grave de ello parece encontrarse en la publicación de este tomo, que, ó mucho nos equivocamos, ó más que gloria viene buscando un suplemento de crédito para integrar el vulgarísimo corrusco, siendo de sospechar que el autor, que quiso engañarnos, resulte en ésto engañado á su vez,

pues no responderíamos de que su obra le proporcionara, aunque no fuese sinó que para contrariarle, más fama que provecho; que no dejan de ser frecuentes los casos de los que, escribiendo para salir del día, se encontraron á la postre con que, sin salir de él, se entraron de patitas en la gloria. Pero sea como quiera, y sin dar por un hecho que haya llegado este caso, hagamos constar la superchería.—No existen tales **ocios**, y únicamente se explica que Somoza nos hable de ellos en la portada de su libro como de una aspiración sibarítica, como de un ideal de bienestar y descanso que en fuerza de deseado se le antoja poseído. Titulárase aquél **Horas de angustia**, ó **de rabia** y nada tendríamos que oponer los que sabemos cómo han sido concebidas sus páginas, en el bregar contínuo del pobre escritor, condenado á llenar cuartillas día y noche con artículos políticos y literarios, crónicas de artes, folletines, sueltos, gacetillas y toda la balumba de materiales improvisados que la prensa exige de sus mártires para llenar ese tonel de las Danaidas que llamamos periódico... No deja por lo demás de ser extraño que la pluma que trazó la monografía de **El Periodista**, sometido al su-

plicio del Tántalo, con que en breve tropezará el lector, se haya reservado para sí, perteneciendo al gremio, un oasis de que se olvidó de hablarnos en ese trabajo, autorizándonos por eso mismo para creerlo una pura fantasía, por completo inaccesible al "cuarto poder del Estado." No; Somoza no tiene horas de ocio de que disponer; ni él, por vanidoso que sea—y no lo es ni poco ni mucho—querrá que le tomemos por un Vanderbilt de minutos y segundos, ya que no pueda serlo de millones y billones. Es un trabajador heroico, siempre en la mina, en el yunque, en la rueda, bajo el látigo del destino implacable, como el forzado de las galeras del rey bajo el látigo del cómitre, y no le conocemos más ocios que los que le proporcionan sus grandes crisis nerviosas, con fiebres de 40 grados, curadas en la Quinta de Salud del Centro Gallego. Tampoco puede decirse que sea aficionado á las huelgas generales ni particulares. Por **ácrata** le tenemos; pero **ácrata** de buena ley, con su socialismo cristiano (véase su **Socialismo revolucionario**) estilo León XIII, de los que, en vez de supresión, piden aumento de horas de trabajo; y en vez de aumento de jornal, disminución de ignorancia para el obrero;

cosas todas que nos garantizan que Somoza, más que para la ociosidad, nació para la lucha, y más que para promover huelgas, para deshacerlas.

Hemos hablado de las frecuentes fiebres á que someten á nuestro amigo sus excesos de producción—que acabarán con él, si Dios no lo remedia—y esto nos lleva como de la mano á consignar que muchos de los artículos aquí coleccionados, tal vez los mejores, si entre ellos puede haber categorías, fueron escritos en el lecho del dolor y en estados morbosos verdaderamente crueles. No haríamos esta indicación, que parece excusada, si ella no viniese á demostrarnos el poderoso instinto artístico del joven escritor, perdurando en él hasta en circunstancias fisiológicas anormales, como se revelaba más intenso en Poe, Musset, Nerval y otros muchos, en anormalidades análogas, aunque de origen bastante menos noble.

Y no hay duda: Somoza, como escritor, es un artista que cada día realiza un progreso en su arte y ha de serlo más á medida que avance en años y experiencia. La afición al estudio de los maestros del lenguaje nos da por adelantado esa seguridad, y cuando eso no bastare, su rara

percepción de la belleza y su sensibilidad para dejarse influir del natural, nos lo garantizaría.

Léase su estudio **Galicia**, acerca de las "Crónicas" del insigne Juan Rivero y dígasenos si es posible realizar algo superior en esta clase de trabajos, más delicada asimilación de ideas, más perfecta correspondencia entre el asunto y la expresión, ni más lujo de forma para vestir los conceptos.

En ese estudio, así como en **La Mujer Gallega, La emigraciónó de la mujer, Las dos Galicias, Galicia romántica y El Cristianismo**, la frase fluye abundante y sin esfuerzo alguno como el agua corriente esmaltando de verdor cuanto á su paso encuentra y produciendo la sensación fresca de la cascada de una gruta goteando sobre un lecho de rosas.

Y no es que el escritor sienta más esos asuntos porque toquen de cerca á su tierra y susciten en él ideas y recuerdo muy arraigados; porque asuntos distintos son **Asturias pintoresca, Asturias en la historia, Lazos de sangre, Apuntes literarios, Redimida,** y, sin embargo, no abundan menos en ellos el lujo de expresión, las no-

tas de sentimieno y los brillantes matices del estilo.

Hagamos observar, ya que del estilo hablamos, la singular homogeneidad que presenta el de nuestro amigo, no obstante el desgaste á que obliga la constante labor del periódico, que tanto perjudica la elegancia literaria y altera el carácter de los peculiares tecnicismos. Por necesidades del oficio, en el periódico las ideas tienden á sintetizarse y las formas á reducirse á lo estrictamente necesario á su expresión. Así, cuantos á él se dedican con asiduidad, acaban generalmente por adquirir cierta rigidez de dicción que la anquilosa, haciéndola perder su flexibilidad y gallardía y el relieve que parece ser parte esencial de toda belleza plástica. En este punto, Somoza es una excepción afortunada, porque antes que por falta, peca por exceso de facundia y brillantez en sus producciones. Mas ¿no constituirá esto un defecto grave? Para muchos, indudablemente; y nosotros en ese número figuramos.

No toda la belleza está en el color y en la carne. Hay más arte y acaso más verdad en lo que Rembrandt y Ribera dejan adivinar en sus sombras y medias tintas que en la profusión de color y riqueza de

masas que Rubens puso en sus lienzos, los cuales, no dejando nada por ver, ni nada que desear, sino matan, limitan extraordinariamente la acción trascendente del arte. Por eso Tácito y Alighieri son más celebrados en lo que no hacen más que insinuar, que Cantú y Lope en lo que expresan con plenitud abrumadora de léxico.

Perdónasele á Chateaubriand la exuberancia y ampulosidad de su prosa y su derroche de frase, en gracia á la magnificencia de sus pensamientos y sentencias; mas ya na sucede lo propio con la autora de **Corina**, que no ha podido hacerse admirar mucho más acá de sus contemporáneos porque bajo las flores de su estilo, hoy marchitas y convertidas en lugares comunes, no ha encontrado la posteridad otra cosa que una falsa crítica y un aparatoso y artificial sentimentalismo.

No quiere esto decir que Somoza abuse del Diccionario; pero en algunos de sus trabajos es evidente que se nota tendencia muy marcada á las amplificaciones que los hacen aparecer difusos; y quien así comienza, fácilmente pudiera extraviarse si á tiempo no tira de las riendas á Pegaso. De ese modo lo que sus obras perdiesen en extensión, lo ganarían en intensidad;

su prosa no caería en amaneramientos á fuerza de repetir imágenes, giros y construcciones y lograría imprimir juventud eterna á su estilo, para lo cual posee el secreto en la riqueza de sentimiento que anima todos sus trabajos.

El sentimiento: he ahí lo que avalora y hará vivir muchas de las composiciones contenidas en este tomo, que ante todo y sobre todo, es una obra **sentida** y vivida desde la primera á la última página.

Somoza comienza por sentir á Galicia, su patria, como la sienten pocos de sus paisanos. **El año nuevo en mi aldea** y **Galicia romántica** son dos joyas literarias del género descriptivo que no leerá sin emoción ningún desterrado ni emigrante. En ellos el poder de evocación es tal que el lector, por cosmopolita y partidario del progreso que sea, tiene que dejarse invadir irremisiblemente por la nostalgia del terruño y pensar en él con la ternura que despiertan las patrias abandonadas, las soledades yermas, antes pobladas de encantos para nosotros, los dulces lugares en que se deslizó nuestra infancia y donde yacen las santas memorias de todo lo que, á la sombra del campanario de la aldea, durmiendo en la paz del Señor, **specta re-**

surrectionem mortuorum... Y acaba por sentir el compañerismo y la amistad como hoy no las siente nadie, porque sólo el alma entusiasta é ingenua de Somoza—el alma del protagonista de **Páginas de mi historia**, que nos escuchan,—puede entregarse como él se entrega á las efusiones del cariño sin el menor recelo ni el más leve temor al cambio y mudanza de los afectos que trae consigo el comercio de la vida, dándonos por remate y corona de su libro las semblanzas de gran número de camaradas y hermanos de letras, de quienes estamos seguros que corresponden á la merced que reciben con la misma leal admiración que á él le inspiran.

Ninguno de ellos traicionará, de fijo, la fe de su corazón con el aleve sarcasmo, la vil diatriba ni la cobarde é injustificada calumnia; ninguno pagará con ultrajes la espontánea apología de sus talentos y virtudes, demostrando en ello que carecen de unos y otras; y, si en el duro combate de la existencia, que entibia tantos recuerdos, pudieran olvidar el beneficio recibido, por lo menos no deshonrarán el nombre de quien les trata tan generosamente, ni morderán la mano honrada que hace justicia á sus

méritos, emulando las hazañas de los Ginesillos de Pasamonte.

Nada más tenemos que decir de **Horas de ocio**, fieles á nuestro propósito de rehuir un análisis detallado de todos y cada uno de los artículos que contiene, porque sería adelantarnos al lector ilustrado, privándole del placer de hacerlo por sí mismo ó quizás estableciendo prejuicios que rechaza toda crítica independiente y seria.

Para nosotros es este un hermoso libro que, lleno de ambiente gallego, ha de agradar á los gallegos antes que á nadie. Y si esas son, como parece, sus únicas pretensiones, casi nos atrevemos á vaticinar que ha de satisfacerlas colmadamente, obteniendo las simpatías de cuantos quieran recrearse en su lectura.

M. Curros Enríquez.

LA MUJER GALLEGA

Para mi respetable amigo D. Juan Fernández Latorre, Subsecretario del Ministerio de la Gobernación de España.

En los días de estío, bajo los candentes rayos del sol de Julio, veréisla encorvada sobre el duro suelo manejando el azadón ó la piqueta. En las noches de Diciembre, cuando silban los vientos del Norte y el Cántabro estrella sus olas convulsas contra los peñones de la costa, la hallaréis en la ribera, corriendo descalza por la playa, con la sucia banasta de sardinas en la cabeza y el mendrugo de pan de maíz entre los dientes. En las tardes de Otoño, á la indecisa luz de los crepúsculos soñolientos, encontrareisla apacentando sus vacas en la pradería fresca y verdosa. En las mañanas de Marzo, cuando el sol dora las cumbres lejanas de la montaña, y en la arboleda vecina se oyen los trinos de jilgueros y pardillos, podréis verla regando las plantas de su huerto; feliz y contenta, como las florecillas que besa el aura matuti-

na, como los pájaros que ocultan sus idilios entre el umbroso follaje de la selva.

Si la queréis alegre, retozona, inquieta, como las ondas rizadas que la corriente agita, buscadla en las márgenes floridas del caprichoso Sil. Allí copian sus ojos la transparencia del agua que fertiliza sus campos; allí repite su voz el eco lejano de las cascadas, el vago murmullo de los riachuelos, la tierna sinfonía del viento en los pinares.

Si la deseais romántica y soñadora, como las pastorcillas inocentes de Virgilio y Garcilaso, id á las montañas nevadas de Caurel, á los picachos abruptos de la sierra: allí la veréis guardando sus rebaños, sentada á la sombra apacible de los viejos pinos, acompañando con sus cantos las íntimas armonías de la brisa al retozar con las hojas, soñando amores y venturas, que aletean en su alma de virgen, como blancas mariposas á la mortecina luz de un véspero otoñal.

Si la buscais apasionada, tierna, voluptuosa, como las bellas huríes del paraíso musulmán, visitad las fértiles campiñas que baña el blando y amoroso Miño. Veréis en su ojos el fuego de las pasiones indomables, descubriréis en sus labios la expresión arrulladora de los grandes ensue-

ños, respiraréis el baho caricioso de sus carnes, gozaréis el vértigo indefinible de caricias que se adivinan en la tentadora morbidez de sus formas.

¿Queréis una madre con el corazón de zíngara y el alma de espartana? La encontraréis en Galicia: en la rústica choza del pescador y en el viejo caserón del labriego. Buscadla allí, entre los cortados peñascos de la playa ó entre las pedregosas calvas de los montes. Veréisla arrullando con besos y canciones el sueño de sus hijos: los futuros emigrantes, los guerreros de mañana, los eternos parias, los pobres frutos del destino amargo, para quienes hay tan sólo una esperanza, lema fatídico, escrito con letras de sangre en el libro obscuro del porvenir: el infortunio.

Y siempre que á vuestra mente acuda la imagen de la mujer gallega, pensad en los tesoros inagotables de ternura y de cariño que guarda su alma, en los mundos de poesía que hay en sus cantos, en las grandezas todas que hay en su espíritu; espíritu de artista, donde laten infantiles alegrías, donde palpitan risueñas ilusiones.

Cuando oigais el adios triste del rapaz que se aleja tras los tesoros indianos, acordaos de la santa mujer que le llora, de la que colgó á su cuello el relicario bendito,

de la que depositó en sus labios el ósculo supremo: es la mujer gallega.

Cuando veáis al soldado, tosco y rudo, llorando su **morriña** tras los muros de un cuartel, pensad que hay una mujer que le adora con adoración fanática, una mujer que le espera con infinita ansiedad: es la mujer gallega.

Cuando llegue á vuestros oídos el triste sollozar de una **gaita** y en vuestro corazón despierte la vaga melancolía del alaláa, gemidor que suena á lo lejos, pensad en la mujer gallega, que canta y ríe, llora y suspira, como las notas hondas y quejumbrosas del **punteiro.**

La mujer gallega es la representación emblemática, es el simbolismo hermoso de la Galicia que fué, el espíritu secreto de la tradición, la esencia íntima de la leyenda. Cambiaron sus trajes y costumbres; pero ella es la misma, siempre la misma, ya se atavíe con el ancho pañuelo de flecos, el dengue encarnado, la burda estameña y la escotada zueca, ya se engalane con los vistosos aderezos de la moda veleidosa y prosaica.

Es siempre la soñadora, la romántica, la misteriosa, la incomprensible mujer gallega: **volvoretiña** que cruza entre sonrisas y nostalgias el breve espacio de la vida.



EL AÑO NUEVO EN MI ALDEA

Para D. Manuel Murguía.

Nieva. Como girones de gasa van cayendo los diminutos copos que hielan la tierra; la vegetación desaparece bajo la fina capa de armiño; los árboles inclinan sus ramas al peso de los témpanos; las pobres chozas de la aldea álzanse cual palomas sobre un inmenso sudario.

Todo duerme. La Naturaleza entera yace en augusto silencio; el agua, cristalizada, sirve de espejo á los astros de la noche que brillan como fantasmas de fuego en el abismo insondable de los mundos. Sólo allá lejos, en la cumbre gigantesca de la montaña, se vislumbra un resplandor muy débil.

Acerquémonos: la nieve, endurecida por la escarcha, cruje bajo nuestros pies. Sigamos: los viejos troncos de pino que rodean el sendero, sírvennos de apoyo; la luna sonríe contemplando el panorama fantástico que forman los horizontes nevados.

Ya llegamos; el perro nos saluda cari-

ñoso y juguetón; la encorvada puerta de viejo roble ábrese para dejarnos paso.... ¡Qué cuadro tan hermoso! La lumbre devora enormes haces de astillas, y alrededor de la hoguera, fuman y ríen los ancianos, hilan las mujeres y cantan y retozan los rapaces. El vino rueda en abundantes jarros, las castañas saltan en el tambor, y en este idilio dichoso suenan como ecos de paz los balidos de la oveja y la esquila de los bueyes. ¡También el establo y el redil forman parte de una cocina de aldea!

En un rincón del escaño acarícianse la moza y el galán. El abuelo los contempla sonriendo, con la sonrisa inocente del que confía y espera; la abuela cuenta medrosas leyendas de brujas y encantos, de diablos y de difuntos, de las luces misteriosas que aparecen en el Cementerio, del fantasma que puebla las almenas del castillo, de la fatídica voz que se oye por las noches junto á los muros de la iglesia, del ave agorera que anida en la cúpula del campanario, y de otras mil aberraciones iguales, que viven en el espíritu de los felices labriegos......

Ya está puesta la mesa. Sobre el mantel de burdo lino vense los más delicados manjares de la aldea. El mosto hierve en

las tazas; el requesón muéstrase en enormes fuentes de tosco barro.

No hay más que rostros alegres. Por todas partes, labios que sonríen, ojos que se buscan y se encuentran con picarescos guiños, y corazones grandes, muy grandes, que se desean, se aproximan, se comprenden y se aman. ¡Es un retrato vivo del mundo céltico!

Oigamos después el dulce llorar de la flauta, el repiqueteo alegre del tambor y el **alaláa** misterioso, tierno, incomprensible...... Parece que se acercan las generaciones que fueron, parece que se escucha aquella música sublime, mezcla de himnos de guerra y cánticos de amor, parece que flotan en el viento, unidos como dos almas, el sonido de una copla y el rumor de una plegaria.

II

Quemáronse ya los troncos, cesó de hervir el vino, la flauta acalló sus sones y la aldeana sus cantos; sobre el ampo de la nieve suenan los zuecos del rapaz que profanan su purísima blancura; los abuelos duermen, tal vez soñando con lo que fué; y en las piedras del hogar apáganse las úl-

timas llamaradas, con ese débil parpadeo que cierra los ojos de un moribundo.

Marchemos también.

¡Qué sublime espectáculo el de la aldea! Allá fuera, el silencio poético de la nieve; aquí dentro, el silencio augusto de los que duermen.

. . . .

Sigue nevando. La luna toca ya el borde del abismo que la espera; las estrellas lanzan un resplandor cada vez más pálido, y allá por el Oriente, surge, envuelta en vistosísima diadema de colores, la luz magestuosa de la Aurora.

¡Póstrate, mortal y reza! La noche descorrió su cortinaje fúnebre, y pone ante tus ojos el maravilloso altar de la Creación para que saludes al Artífice inmortal de los tiempos, en cuya máquina vertiginosa giras.

Calla y escucha las armonías secretas de la eterna cantante.

Naturaleza te brinda sus galas, te ofrece sus caricias, aldeano dichoso; besa, pues, esa nieve que cubre el fresco verdor de tus campos.

Y vosotros, los que en la aldea hayáis nacido, no olvidéis que en una choza cubierta con el mágico sudario del invierno,

duerme esta noche la madre que os arulló con sus besos.

. . . .

Ateridos de frío, cobijados entre el tupido musgo de sus nidos, pían los inocentes pajarillos. ¡También ellos saludan al año nuevo!

Imitémosles. Aquí, se le saluda con el rezo silencioso de las almas puras.. Allá, en las grandes ciudades, con el ruido estrepitoso de las orgías.

EL PERIODISTA

Para V. González.

En estos tiempos en que la modestia, á fuerza de ser virtud parece un crimen, porque riñe con las corrientes que impulsan á la sociedad moderna, el ser modesto es un título que las conciencias honradas colocan á grande altura en la escala de las virtudes humanas.

Nadie como el periodista conoce las concupiscencias horribles que laten en el fondo de su carrera ingrata; nadie como el obrero de la pluma, el infeliz desheredado que amasa en el cerebro el mísero mendrugo con que se nutre su estómago, comprende y analiza las tremebundas luchas que contra él se forman en el mundo que le rodea, donde los seres encanallados viven, los hombres prostituídos crecen y los corazones grandes sucumben.

El periodista es la brújula inmutable de los tiempos, el timón de la gran nave que la humanidad constituye, el disco luminoso que envuelve en aureolas de lu los tene-

brosos antros de la vida; y es también el ser mimado del infortunio, el punto negro en que se congregan las pasiones y los odios, el vórtice en que se reunen las injurias todas de las multitudes ignaras.

Víctor Hugo y Dumas, Balzac y Flaubert, Roque Barcia y Castelar, definiendo el periodista, colócanlo á la cabeza del mundo, atribuyéndole las grandes obras que en el orden social se realizaron, las revoluciones poderosas que cambiaron el espíritu filosófico de los pueblos, la tarea inmensa, magna, grandiosa, que ha venido desempeñando el hombre al través de generaciones y edades.

Ser periodista es ser una palanca potentísima que por sí sola remueve el mundo intelectual, que imprime animación, movimiento, vida, al portentoso organismo de las ideas. Periodista es fuerza y razón, espíritu y materia.

Pero ¡sarcasmo inaudito! El periodista es una antítesis eterna de sí mismo. Da luz y vive en tinieblas, presta calor y muere en el hielo, trasmite fuerzas y no encuentra apoyo, aplaude y le critican, ama y le desprecian.

Todo conspira contra él. Grandes y pequeños, débiles y fuertes, pobres y ricos,

cultos é ignorantes, todos consideran al obrero de la prensa como un esclavo, como un sirviente vil del suscriptor que paga, como un ridículo juguete del ignorante que lee.

En las grandes masas sociales, el espíritu de fraternidad y de concordia extiéndese como lazo gigantesco que anuda y estrecha los vínculos de la profesión, de la familia ó de la raza. Jerarquías, clases, distinciones, privilegios, todos los grados y las escalas todas que ha podido crear el despotismo humano, desaparecen allí donde la salvadora democracia, culto sublime de las edades modernas, ha levantado su voz conciliadora y santa; sólo quedan entre nosotros, entre los que luchamos por ella misma, entre los que ponemos á su servicio las fuerzas de nuestro ingenio y las grandezas de nuestra alma.

El periodista canta á diario todas las virtudes sociales, y esas mismas virtudes huyen del periodista. No debe fructificar su obra, no debe ceñir galardón alguno el guerrero de las letras, porque ¡ay de él cuando la sociedad firme el tratado de paz consigo misma! Pluma y cuartillas serán objetos inútiles, destinados al montón de los cascos, lanzas y escudos que guardan

los siglos como vestigios gloriosos de tiempos que pasaron.

No debe, no, desenvolverse ese manto en que vive oculta la inteligencia. No deben disiparse las sombras funestas que velan el santuario del genio, porque de la imposición de la luz, surgiría la formidable derrota del mundo servil que comercia con las ideas ajenas. Viva el periodista sujeto al círculo de hierro que para él construyeron los espíritus metalizados; viva exprimiendo en feroces luchas el jugo de su cerebro, derrame gota á gota la savia de su talento, esgrima furioso su pluma como arma mortífera caldeada en el fuego de las pasiones; aplauda, critique, llore, ría; la empresa aumenta su caja, el mundo se divierte gozándose en su obra.

He aquí resuelto el problema. He aquí satisfecha la aspiración eterna de los que leen. Pero ¿y él? ¿el periodista? ¿á qué aspira? ¿cuál es su fin? ¿su porvenir dónde está?

Pobre paria, no sueñes con el oro, porque el oro es enemigo irreconciliable del genio; no sueñes con el aplauso, porque el aplauso suena mejor en el oropel que en la miseria; no sueñes con el amor, porque el amor quiere perfumes y encajes y deleites,

y tú sólo puedes ofrecerle lo que el amor desprecia: las ideas, lo único que no tiene cotización en la plaza, lo único que no figura en el cajón de los ricos ni en la mesa de los grandes.

El periodista nace, vive y muere con este sarcástico lema escrito en la frente:

Sufre para hacer gozar, llora para hacer reir, piensa para que el mundo aprenda, y no profieras jamás la queja del oprimido ni la maldición del desgraciado. Tu propio martirio es tu premio.

Y así es, en efecto. La humanidad sigue su marcha vertiginosa por el cauce que le trazaron los siglos, los hombres van como impulsados por la atracción misteriosa de lo desconocido; nada se queda atrás; el que se descuida perece, y en el que perece nadie piensa.

Allí quedó un genio prendido en las zarzas del camino. No importa, dejadlo; no ha de faltar una mano cariñosa que lance sobre su frente un puñado de tierra amiga, ni un rincón obscuro y silencioso en el cementerio, donde á la sombra piadosa de un muro duerma el último sueño.

Es un esclavo menos. ¡Quién sabe si hasta en el supremo instante de la agonía cruzó su rostro el látigo infame del tirano!

¡Quién sabe si su último aliento fué á confundirse con el insulto grosero del despótico señor!

Tal es nuestro porvenir. Una campana y un sauce, los únicos que por nosotros llorarán, con ese llanto solemne de los templos, con el amargo y silencioso llorar de las tumbas.

EL CRISTIANISMO

(Artículo de Nochebuena.)

Relámpagos de la Fe que hieren el espíritu ciego del ateo, ráfagas de misteriosa duda que agitan el corazón del escéptico, efímeros momentos de pavor que hielan el alma del hereje, formidables batallas que libra la mente del sofista: ¡vosotros sois la génesis fecunda de los eternos dualismos del pensamiento humano!

Remóntase la imaginación del hombre pensador buscando los secretos que el tiempo grabó sobre su inmenso sepulcro, y en todas partes encuentra vestigios gloriosos de la lucha perenne de las ideas, por doquiera surge la voz solemne del creyente mezclada con el fatídico acento del réprobo.

Las generaciones pasadas tienen en sus cenizas el sello del torbellino en que vivieron; héroes y genios duermen en sepulcros dorados por la aureola de sus triunfos; pero en cambio las ideas han traspasado el limite, pobre y mezquino, del cerebro en

que fueron engendradas, para dilatarse al través de los siglos, para animar la esencia creadora de otros hombres, para ensanchar las corrientes filosóficas de otros pueblos.

¡Qué hermoso es el estudio de la humanidad! ¡qué sublimes enseñanzas encierra ese cuadro de epopeyas inolvidables! Mezcla extraña de grandezas y miserias, de vicios y virtudes; choque espantoso de raza y países, de clases y jerarquías, de ambiciones y caprichos: tal es el desnudo lienzo del mundo, la gran pintura que nos muestra el espectro del pasado, la efigie del presente y el velado fantasma del porvenir.

Y en medio de ese babilónico dibujo, donde entre sombras se revuelven y confunden los misterios de la familia humana, álzase como gigante invencible, el Cristianismo redentor, foco de luz potentísima que iluminó las tinieblas de la conciencia universal.

El orbe cristiano tiene una fecha solemne: aquella en que nacieron sus creencias evocadas por el genio del Mesías en el humilde establo de Belén. Allí se lanzó el primer grito del creyente, allí tuvieron su

primer sueño de muerte los falsos dioses de la idolatría pagana.

Siglos y siglos transcurrieron desde entonces: repitiéronse á diario las empeñadas contiendas que suscitó el sectarismo fanático; esgrimieron sus armas los guerreros, los predicadores y los filósofos de todos los tiempos y países; pero triunfó el ideal supremo de la fe cristiana.

Los tronos fastuosos que la Mitología erigiera á sus ídolos, viéronse derribados por el brazo potente del pensador que nacía á luz maravillosa de una civilización nueva, y tras ellos fueron descendiendo, como troncos podridos, los templos de la corrupción griega y romana.

II

Grande fué la lucha. Varones ilustres han dejado impreso en la corona del triunfo el sello de su genio, y otros legaron, con la amarga decepción de la derrota, la base del edificio que intenta erigir el ateo de nuestros tiempos, negador sistemático más que enemigo consciente.

Juliano y Lutero, Clarke y Leibnitz con su oposición á los principios de la Iglesia Católica, sentaron sobre pedestal firmísi-

mo el gran palacio de la Religión de Cristo, porque descubrieron errores fundamentales en la exteriorización de un culto engendrado por la más sublime de las doctrinas. Tertuliano y Bosuet, discurrieron sobre el concepto específico de la fe, logrando ensanchar de fabulosa manera su esfera de acción.

Los primeros han combatido sofismas y pregonado sofismas. Los segundos han estudiado la naturaleza de la verdad metafísica y moral, desentrañando los secretos de un positivismo rutinario, nacido al calor de falsos títulos científicos.

La historia del Cristianismo, que es la historia de la democracia en sus primeras palpitaciones de vida, en los primeros latidos de una existencia que había de bogar más tarde en la corriente agitada de nuevas ideas, no puede olvidar los nombres de sus propios detractores, puesto que de la contienda tenaz que sostuvieron surgió la luz de la razón, única y suprema insignia de la conciencia humana.

Para los que del cisma pasaron á la incredulidad, para los que siendo ateos llegaron á transformarse en herejes, esa verdad universal, es una simple leyenda adorada por los fanáticos; mas no piensan en

que, aun siendo leyenda, es adorable por lo hermosa.

¿Que el egoísmo y la estulticia de los hombres mancilló la pureza de los principios? ¿Que degeneró el espíritu de las creencias? No importa, la verdad es siempre una, siempre única, sublime siempre.

¡La leyenda, la tradición, la historia!

El pueblo que no tiene sus leyendas, es un pueblo sin recuerdos, sin concepto de sí mismo, sujeto á finalidades inconscientes y fortuitas. Un pueblo sin tradiciones, es un pueblo que surge del presente, sin saber de dónde el presente ha surgido á su vez. Y un pueblo sin historia, es una agrupación de seres destinados á vivir la vida automática de los tiempos primitivos, aferrados al yugo del deseo indómito y de la pasión salvaje.

Las tradiciones cristianas, ya sean leyendas fantásticas ó ya realidades bellísimas, tienen para el hombre la majestad sublime del misterio, la sugestión indefinible de lo desconocido.

Adorad las leyendas de la Religión si leyendas queréis llamarles; puesto que adoráis también las antigüedades históricas del mundo pagano.

El viajero que se descubra respetuoso

ante las formidables ruinas de Palmira ó ante los viejos y derruidos muros de Tirinto, no puede dejar de hacerlo ante un severo templo cristiano. En él le invitan á rezar el grave sonido de los órganos y la atracción augusta del silencio que reina en sus naves.

Allí flota el hálito del genio, despertando en el alma la indefinible emoción de lo bello y de lo grande.

POR LA RAZA LATINA

Para mi amigo del alma
D. Jesús María Bouza y Bello.

La última guerra hispano-americana, que tanta sangre costó, y de cuya justificación moral se encargará el fallo supremo de la historia, determinó, con su desenlace fatal, una complicada serie de innovaciones profundas en todos los órdenes de la vida social y política de Cuba.

Sujeto á apreciaciones diversas, como todo en la vida, el destino de la naciente República, sería temerario todo juicio y aventurada toda sentencia, mucho más hoy que se hallan revueltos y agitados los ánimos, tal vez tanto, aunque parezca imposible, como en los días aciagos en que tronaba la formidable voz del cañón.

El ideal de la independencia por un lado, ese ideal tan caramente defendido en los campos de la Revolución; y por otro, la marcada tendencia de la gran Metrópoli americana á la posesión definitiva de la Isla, determinan una lucha, sorda,

pero contínua, sin el estruendo fatídico de la metralla, pero con las violentas convulsiones de una política azarosa y levantisca.

Viendo, pues, el cuadro confuso que ofrece la actual situación del pueblo cubano, no cabe predecir ni prejuzgar cosa alguna con acierto respecto á su suerte futura.

Lo que más y con mayor razón preocupa á los amantes de la tradición gloriosa que el nombre de España representa en la epopeya sublime de los siglos, es el fin reservado á la gran familia latina dentro del desarrollo natural de los acontecimientos. Pero no teman los pesimistas que el mal abarque las gigantescas proporciones forjadas en la mente alucinada de algunos visionarios. La desaparición de la raza latina en América, que tanto miedo inspira hoy, no puede suceder jamás. Las razas no son como las instituciones, ni como los gobiernos, ni como los hombres: éstos cambian, modifícanse sus doctrinas, innóvanse sus leyes, transfórmanse sus principios filosóficos ó políticos; pero la raza es siempre una, siempre la misma, aún sufriendo las evoluciones á que todo está sujeto en la vida.

La raza es algo que se extiende y se di-

lata al través de los tiempos y de los países, y sólo la acción poderosa de muchos siglos y la influencia de grandes revoluciones sociales, pueden hacerla desaparecer.

¿Qué significa para la raza latina en Cuba el cambio de nacionalidad ó de gobierno? ¿O es, acaso, que la raza está supeditada á los caprichos de una sociedad voluble, entregada muchas veces, siempre, á las eventualidades del azar?

Si la sociedad es el hombre mismo, y el hombre es deleznable y pequeño por razón de su propia naturaleza, no cabe admitir, en sana lógica, la carencia absoluta de un vínculo suficientemente fuerte y vigoroso, capaz de unir los elementos disgregados por las concupiscencias de nuestro espíritu; y ese vínculo, ese algo grande, infinito, supremo, es la raza, el todo sublime que forman constantes y sucesivas generaciones identificadas por el eslabón de la especie.

Cierto que la sajonización en Cuba avanza; verdad que progresa, y á pasos agigantados, eso que dimos en llamar **americanización**; pero ¿es acaso un obstáculo para la conservación de la familia latina? La despoblación total de las Américas,

una invasión colosal de guerreros que lo destruyeran y aniquilaran todo, podrían tal vez realizar ese fenómeno tan temido, pero eso es un sueño.

Nuestra raza, la que trajo aquí el inmortal genovés, el loco insigne, que deliraba como no deliran los sabios del siglo XX, pese á la gravedad de su ciencia, no es una hoja tan débil y sencilla que cualquier viento la arranque y la destroce, sino, por el contrario, un tronco de corpulencia necesaria para resistir los embates del destino.

Tal vez llegue á americanizarse todo en Cuba, todo lo que integra la vida práctica y positiva del país; pero hay algo completamente ajeno á las corrientes de absorción porque marchan encauzados los ingleses del Norte; hay algo que se conservará íntegro y puro, cualesquiera que sean las enseñanzas que el porvenir reserve: el alma, la vida, la esencia del pueblo cubano. Esa será siempre eminentemente latina.

Si llegase un día el desgraciado caso de desaparecer de aquí el último descendiente de Rodrigo y de Pelayo, aún existiría la raza latina en América. ¿Cómo ha de extinguirse esa familia si todo lo que hay en Cuba la proclama y la sostiene? ¿Qué es

sino latino el héroe que vertió su sangre ante el altar de la libertad? ¿Qué es sino latino el sencillo guajiro que cultiva sus vegas abrasadas por el sol calcinador de los trópicos? ¿Qué es sino latina la apasionada cubana que llora de amor al escuchar el canturreo dulce de la guitarra á la puerta de su bohío? ¿Y qué son sino latinas las frases armoniosas que el poeta pone en sus versos, el literato en sus cuartillas y el trovador en sus endechas?

Pues bien; aunque todo esto desaparezca, quedará raza latina; no puede morir mientras haya tierra que guarde las cenizas de muertos queridos, y mientras en el espacio flote aire, porque en él vivirá el aliento de los nobles hijos del Cid.

Cuando una convulsión formidable destruya el último fragmento de tierra cubana, cuando vuele por el abismo el último átomo de este suelo fecundizado con sangre latina, podremos creer que la raza se ha extinguido; mientras tanto, Cuba vivirá unida á su pasado, como vive el hombre unido á la Historia y la Historia abrazada á los siglos.

LA EMIGRACION DE LA MUJER

Para Sofía Casanova.

Parecía lógico y fundado suponer que después de la catástrofe sufrida por España en las Antillas mermarían algún tanto las colosales corrientes de emigración, que van dejando desiertos nuestros campos y tristes y vacíos nuestros hogares. Pero lejos de suceder así, cada día se nutren más y más las formidables legiones de soñadores, que, tras el fantasma de un porvenir quimérico, se lanzan á remotas tierras para encontrar en ellas pesada carga de dolores y decepciones.

Fuerza es confesar que nosotros, los gallegos, lo hemos perdido todo al perder el amor al país en que nacimos, á lo que Antonio Escobar llama en el libro de Rivero "la España chica."

Sería difícil analizar la multitud de causas que han determinado ese escepticismo ciego en el alma de nuestros labriegos, pero sean ellas cualesquiera, lo cierto, lo tristemente cierto, es que el gallego típico,

idólatra del **terruño**, enamorado de los cielos melancólicos y de los paisajes grises, que constituyen la sublime poesía de Galicia, no existe ya. Hoy el gallego aspira á algo más que á sus vacas y á sus **eidos**, quiere comodidades, lujos, esplendor moderno. El **gaitero** se ha transformado en señorito y el labriego en burgués. Por eso resulta pequeña, raquítica, pobre, la Galicia de nuestros días; por eso ambiciona las riquezas del indiano, los tesoros que se esconden allá, tras las regiones ignotas del Océano, como esperando una mano atrevida que los recoja.

Y lo más sensible no es que los hombres, el elemento fuerte y vigoroso para el trabajo, emigre, siguiendo el impulso de su imaginación soñadora: lo doloroso es que la pobre mujer gallega, nacida para las ternuras del hogar más que para las fatigas de la emigración, huya también de su patria, persiguiendo una ventura ilusoria, para dejar prendidos en las zarzas del arroyo hermosos girones de su inocencia, para sepultar en el lodo las grandezas todas de su alma.

Crimen espantoso es el tolerar que la mujer emigre; pero ya que ese mal tiene difícil remedio, porque lo alimentan las

torcidas corrientes de nuestra sociedad, debe, al menos, procurarse, en la América misma, que Galicia no siga dando víctimas al lupanar, que el prostíbulo hediendo no comercie con la carne nacida al calor de nuestros afectos más caros.

Es muy posible que el tiempo, en su evolucionar contínuo, imprima nuevos giros y determine horizontes más amplios en la vida de nuestras colonias, especialmente en las de Cuba y Buenos Aires; y entonces, será otra también la suerte de las hijas de Galicia, si es que éstas no dejan algún día de amar lo desconocido con el amor fanático que constituye, hoy por hoy, su desgracia.

Mientras tanto, bien harán en imponer cortapisas al instinto ciego de emigración aquellos en quienes no se hayan extinguido por completo la voz de la conciencia y el sentimiento del deber.

Harto doloroso es que emigre el hombre cuando hay en su tierra yermos inmensos que guardan veneros incalculables de riqueza: harto doloroso es que la agricultura perezca por falta de brazos; y que á Galicia vayan obreros de otras regiones españolas y aún del extranjero, para esgrimir la piqueta en sus poderosas cuencas mine-

ras; harto doloroso es ver en los hogares gallegos tan sólo ancianos y niños, sin que tengamos que llorar también la ausencia de nuestras mujeres, de aquellas que en vez de esposas honradas y madres amantes, vienen á ser rameras desvergonzadas y cortesanas impúdicas.

IMPRESIONES

LAS DOS GALICIAS

Para Juan Neira Cancela.

Cuando los afectos del alma son íntimos y grandes, hay en ellos un poder indefinible, una sugestión misteriosa que subyuga, domina y esclaviza el ánimo.

Las frases por musicales que sean, hay ocasiones en que resultan débiles para pintar las grandezas todas del espíritu humano. El lenguaje expresa fríamente lo que se razona, piensa y discurre; pero no hay nada que retrate, ni aún que simbolice siquiera, las supremas concepciones del sentimiento cuando en ellas palpitan las emociones más profundas de la vida.

Hace algunos meses soñaba yo con la poética Galicia, la tierra que engendró en mi cerebro bellísimas quimeras; y al adivinarla grande, magnífica, soberbia, destacándose orgullosa entre el humo de sus fábricas y el ruido de sus talleres, experimentaba ¡perdón, gallegos! un frío intenso, una sensación dolorosa en el fondo del corazón, porque yo quisiera ver á Galicia

pequeña, escondida, ignorada, remota, cobijándose en el edén incomparable de sus vergeles, sin más humo que el de las rústicas chimeneas de la aldea, ni otro ruido que el del tierno **alaláa** de sus zagalas, el chirriar de sus carretas y el murmullo de sus fuentes.

La quisiera así, porque la otra Galicia, la de nuestro siglo, la víctima del caciquismo vil, que hoy se alza iracundo, entorpeciendo la vida redentora de la ilustración de los pueblos, es una copia, sencillamente una copia, aunque esplendente y hermosa, del progreso universal.

Galicia ha ganado mucho. Los adelantos que en ella se operaron, hácenla digna de figurar en el concierto grandioso de las sociedades modernas.

Su política, sus principios y tendencias dentro de las diversas esferas en que se desarrolla y desenvuelve; su industria, su comercio, sus relaciones exteriores, todo lo que significa un paso de avance al compás de la civilización del siglo, tiene en la población gallega un exponente fiel.

La Galicia de nuestros días, ha ganado mucho, muchísimo; pero la Galicia adorable de nuestros abuelos.... esa lo ha perdido todo.

Cuando yo leía los dramas de Lugrís: *A Ponte*, *Minia* y *Mareiras*, las *Montañesas* de Noriega Varela y las hermosas poesías descriptivas de Fernández Baamonde; cuando en ocasiones tan memorables como escasas oía las dulzuras y filigranas de una *muiñeira* tocada en la bandurria por Chané, sentía vibrar hasta las fibras más recónditas de mi alma, al arrullo de sensaciones extrañas, nuevas, desconocidas; y como atraídos por la voz silenciosa de los recuerdos, llegaban hasta mí aquellos versos sublimes, hijos de la inspiración popular y glosados por nuestra insigne Rosalía:

Airiños, airiños, aires
Airiños d'a miña terra,

II

Campoamor lo dijo en una estrofa soberbia: la verdad y la mentira son dos ideas perfectamente convencionales. Por eso yo aplico á mi manera esta sentencia, y sin preocuparme de opiniones ajenas, afirmo que la Suevia inmortal de los antiguos tiempos ha perdido grandes tesoros al penetrar de lleno en la escala de los modernos progresos.

Los que combaten la tradición, los que destruyen la leyenda, los que profanan el arca santa del pasado en aras del orgullo científico de nuestro siglo, obran al impulso de pensamientos gigantes: yo los respeto. Los que batallan un día y otro día, laborando sin cesar en el campo de las grandezas humanas; los que desvanecen sombras, y ahuyentan fantasmas y esclarecen errores y descifran enigmas, hacen un bien inmenso á la sociedad del mañana; ¡yo los bendigo! Pero ¿cómo sustraerme al arrullo de ilusiones que han sido muchos años el encanto de mi vida? ¿Cómo olvidar aquella Galicia típica, peculiar, característica, tan llena de misterios para el poeta, de armonías dulcísimas para el músico y de tintas y paisajes para el pintor? ¿Cómo no sentir dolorida el alma el recordar ese mundo de poesía delicada que arrancó maravillosos cantos á las liras de nuestros más grandes poetas?

No amo la tradición por lo que tiene de sangrienta y cruel; no adoro la leyenda como contraposición absurda á las realidades frías de la vida; no proclamo los encantos y los sueños como engendros del fanatismo ciego y de la aberración obscura; pero desconsuélame ver el esqueleto

del mundo celta danzando como visión macabra en el festín ruidoso de nuestras tendencias de hoy.

Todo se transformó. Aquella Galicia pura, sencilla, cuya muerte llora Noriega Varela en sentidísimos versos, y que con sus bellezas y dulzuras inefables hizo surgir la alborada melodiosa en la inspiración de Veiga y la foliada tierna y sugestiva en el corazón de Chané; la Galicia de falas soñolientas y muiñeiras alegres y alaláas incomprensibles, no existe ya, sino en la fantasía creadora de los artistas.

"Esplendoroso el sol, risueño el cielo,
alegre la campiña, el bosque umbrío,
una cascada aquí, acullá un río,
alfombra de violetas en su suelo.
Césped que oculta plácido arroyuelo,
alaláas en las noches del estío,
mujeres que hasta dan con su desvío
esperanzas de amor, vago consuelo.
Glorietas donde anidan ruiseñores,
la gaita, cuyo son causa delicia,
dulce cual el placer, cual los amores;
pedacito de tierra que acaricia
la brisa embalsamada por las flores;
indescriptible edén.... ¡Eso es Galicia!"

III

En la portada de un libro leí estos versos. No sé quién los escribió. Tal vez haya sido Angel Vidal y Pérez, que en 1898 publicó un tomito de semblanzas con el título de "Instantáneas." Pero ¡qué pintura exquisita de nuestra tierra! ¡qué sentimiento dulce y extraño palpita en el alma de cada frase!

Y es que Galicia, con el nostálgico sonreir de sus cielos, despierta en los espíritus soñadores un ansia profunda de reir y olvidar, de rezar y creer......

"La **gaita** cuyo son causa delicia
dulce cual el placer, cual los amores."

Eso es, la **gaita**, la que llora y ríe, gime y canta, la **gaita** gallega que entona **alaláas** y danzas y **muiñeiras** entre los viejos chopos del soto en las noches de ruada; la que suena como un eco lejano del mundo céltico, recogiendo en su música notas dispersas del **aturuxo** alegre y del **tai-nani-na** melancólico y vago.

La gaita gallega, que tiene en su **punteiro** trozos del alma campesina, suspiros, lágrimas, risas, cantos, besos, amores, idilios, y en su **roncón** la nostalgia suprema de los corazones enfermos, el gemido hon-

do y triste de los que lloran penas secretas, cuando toca parece que se siente la sinfonía medrosa de los vientos, el murmurio piadoso del peregrino ante la tosca cruz de piedra allá en el escarpado monte, los rumores del arroyo sobre la fresca hierba de las praderas, y la canción delicada, arrulladora con que cuenta sus amores la apasionada aldeana....

Esa es Galicia; la gaita, los pinares, los sotos, las selvas obscuras, los petrucios de monteira y las rapazas de dengue con que sueña el autor de Montañesas...... esa es Galicia, la que se forja el gallego ausente, cuando víctima de la morriña, recuerda "la sombra de sus árboles, los mendrugos de su pan de maíz, las maderas de su establo, el tañido de las campanas que tocan á la oración al anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada," como dijo Castelar; la Galicia que cantó el divino Núñez de Arce en un arranque de inspiración sublime:

"Verdes campos por do ruedan
Mil arroyos cristalinos
Coronados de altos pinos
Que al cielo quieren llegar:
¡Dejadme sentir!
¡Dejadme soñar!

IV

¡Eso es Galicia! Pero ¡pobre gallego, soñador inocente, cese ya tu delirio! Aquellas noches de silencio majestuoso, de calma tropical, de serenidad augusta, en las que sólo se oía el rumorcillo tenue de alguna lejana cascada ó el tañido del esquilón en la solitaria ermita, delízanse hoy interrumpidas por el silbar estridente de la locomotora, el incesante y monótono rodar de los coches y el pitazo agudo que lanza la sirena de la fábrica. Al piar alegre de los pajarillos en las mañanas de Mayo, ha sucedido el movimiento y el ruido de los talleres, y á las rústicas casitas de vieja cantería cubiertas con las hojas de serpeadoras yedras, donde en noches heladas de invierno y al amor venturoso de la lumbre, se celebraban fiandones y foliadas, sustituyéronlas edificios modernos, sin el establo de los bueyes, ni el redil de las ovejas, ni el escaño de pino en la cocina, ni el perfume de la malva en la ventana.

Galicia ha muerto. De sus cenizas surgió un pueblo nuevo, grande, poderoso. ¡Bendito el pueblo que surge á la luz esplendorosa del progreso; pero yo quiero

continuar soñando con mi Galicia idolatrada de otros tiempos; deseo por amigos á los sencillos y bondadosos labriegos, á los hijos de la aldea con las manos encallecidas por el arado; y ambiciono ¡esa es la aspiración más codiciada de mi vida! que la madre de mis hijos vista el dengue de grana y la zueca escotada y brillante con que se engalanaban otras mujeres cuyas cenizas venero.

Galicia, la de hoy, la del Siglo XX, aún conserva algunas flores; pero ¡Dios mío! tiene tantas espinas!.....

MI ALDEA

Para el correcto caballero
D. Francisco Pego Pita.

Hay una vega dilatada, fértil, lujuriosa; y en medio de ella álzase una vetusta capilla, rodeada de viejos murallones, y un cementerio triste, en cuyos árboles produce el viento una música vaga, lánguida, quejumbrosa, como los cantos del templo. Más allá, las olas furiosas del Cantábrico estréllanse contra los riscos de la playa, desaciéndose en remolinos de espuma. Al otro lado, el monte con sus gigantes pinos y el bosque con sus copudos robles; y á lo lejos, casitas blancas que se alzan entre murallas de vegetación lozana. Luego, perdiéndose en las borrosas lejanías del horizonte, moles inmensas de granito que en vano intentó romper la piqueta del minero, picachos descarnados y fríos, como el esqueleto de la muerte.

Dos filas de álamos y abedules bordean la tortuosa carretera, y un pequeño río, casi un arroyuelo, pasa regando verdes pra-

derías y frondosas arboledas. Junto al río, extiéndese una campiña que convida á gozar la frescura de su hierba, y levántase, encorvado y seco, un viejo castaño, que inclina tristemente sus ramas sin erizos ni follaje, como indicando que ya la vida le cansa. Luego encuéntrase una rústica escalera de piedra, un **pasadoiro** típico de Galicia, construído entre malezas, que une dos caminos: uno ancho y lodoso, camino de carro, que se prolonga atravesando tojales y sembrados hasta un soto donde los mozos se reunen en días festivos para jugar á los **bolos** ó bailotear al son de los panderos; y otro, corto y estrecho, que rodea los cimientos de una casita antigua, pequeña, romántica.

Allí hay un pajar donde tiene su cama el perro, fiel guardián que jamás abandona su puesto, y en desvencijada cabaña vénse los carros con sus gruesas llantas y los arados con sus férreos y lustruosos dientes.

Muy cerca, un **hórreo** pintado de azul levántase sobre columnas de piedra revestidas de cal amarillo, y al través de sus rendijas, muéstranse, apiñadas en enormes montones, las doradas espigas de maíz que el viento madura y sazona. Luego una

higuera de robusto tronco y anchas hojas extiende su amorosa sombra, y junto á ella, una débil puerta de pino ábrese para dar paso al establo donde descansan los bueyes rendidos por el trabajo.

Aquella es la casa en que vivió una mujer adorable, una aldeana hermosa, de frescas y robustas carnes, de ondulosa cabellera y ojos azules; una sensitiva del terruño.

¿Quién fué esa mujer? No lo sé; tal vez un rayo de luz que cruzó el espacio de mi vida como el fulgor de un relámpago.

¿La volveré á ver algún día? Lo ignoro también. ¿Quién es capaz de penetrar en los arcanos horribles del destino?

GALICIA ROMANTICA

LAS MURALLAS DE LUGO

Para mi ilustrado amigo
D. Francisco Hernández.

Lugo—**lucus** (bosque), población fundada sobre los despojos de un bosque sagrado, según las tradiciones misteriosas de los cultos célticos; el extenso convento jurídico de los romanos, la Corte heroica de los reyes suevos, la obscura ciudad episcopal de los godos, el teatro sangriento de los musulmanes, la joya codiciada de los normandos, la residencia gloriosa de los Alfonsos, ha pasado hasta nuestros días, no como otras, dejando trozo á trozo en su camino el manto de recuerdos trágicos que la envuelven, sino conservándolo para las generaciones posteriores, como enseñanza grandiosa, como título de gloria que orna el escudo inmortal de la patria gallega.

Lugo, como Santiago de Compostela y Monforte y Betanzos y Tuy, conserva mucho de su carácter histórico, á pesar de

las modificaciones constantes que sufrió á medida que fueron invadiéndola los refinamientos del arte moderno.

Completamente encerrada dentro de sus romanas murallas, presenta la célebre **Lucus Augusti**, si se la mira desde los altos cerros que limitan su horizonte, el aspecto de una inmensa posesión feudal del siglo XVI, sirviéndole de castillo solariego el vetusto caserón del Consistorio, cuya torre se alza imponente entre las brumas de sus mañanas heladas, ó entre el formidable estruendo de sus noches invernales.

El nombre de Lugo encabeza una página brillante de la Historia, adorada de cuantos aman las tradiciones inolvidables del pueblo gallego; y completa su grandeza el grito de la Revolución del 46, lanzado por Solís en la plaza de la Constitución.

Ningún extranjero ha visitado la ciudad del Sacramento que no conserve un recuerdo gratísimo de ella. Y es que allí, ante los muros elevados de sus murallas, cubiertos de viejo musgo y serpeadoras yedras, contemplando el horizonte vastísimo que se dilata sobre sierras escarpadas y praderías inmensas, se remonta la

imaginación á otros tiempos de recordación eterna. Y por las naturales analogías de las cosas, de las edades y de los hombres, vénse aparecer, como evocados por el Genio de la guerra, aquellos famosos monumentos ciclópeos de la antigüedad con sus enormes moles de cantería ofreciendo el aspecto fantástico de las cavernas encantadas.

Los muros de Tirinto, las famosas torres de Atreo, los antiquísimos castillos de Atenas, la muralla pelásgica de Delfos, déjanse adivinar mirando la monstruosa fortaleza que rodea á la vieja ciudad sacramental.

La muralla de Lugo desarrolla una longitud de 2,126 metros, y de tal suerte están combinados los materiales que en su construcción se emplearon, que hasta á la acción destructora de la pólvora parecen resistirse.

II

De que su origen es eminentemente romano, no puede existir la menor duda. Lo declaran con su fallo autorizado arqueólogos tan notables como Murguía, Vicetto, Villaamil, Ceán Bermúdez y Bartolomé Teijeiro; lo afirman las inscripciones

que en ella se han encontrado y que han sido recientemente incrustadas en los lienzos que dominan la pintoresca Ronda del Carmen, y lo corroboran ciertas monedas que la casualidad descubrió al efectuar el derribo de algunos cubos.

Haría falta poseer un espíritu ajeno á toda noción y refractario á todo acto espontáneo del sentimiento, para no experimentar ante las murallas de Lugo cierta emoción íntima, cierto recogimiento secreto en el alma. Sólo un escéptico puede dejar de ver en sus muros, impresos con huellas imborrables de sangre humana, las figuras de Muza y de Tarif, llorando la derrota de sus ejércitos frente á las mismas puertas de la heroica ciudad. Sólo un corazón de estatua, que dé sus palpitaciones en medio de un mar de hielo, puede olvidar el estruendo pavoroso de las lanzas suevas, estrellando sus puntas afiladas contra los graníticos muros de la fortificación lucense, y las imprecaciones feroces de Hermenerico I, el temido león de los bosques escandinavos, derrotado y vencido por los bravos defensores de la amurallada plaza.

De esta fecha sangrienta, datan las primeras modificaciones que empezaron á

cambiar el carácter primitivo de la antigua fortaleza romana. Hoy ha perdido mucho, muchísimo, como reconoce y confiesa el mismo Ceán Bermúdez. Aquellos 85 torreones famosos, que semejaban pirámides truncadas á diferentes alturas, y que la hacían aparecer á lo lejos como una mole monstruosa coronada de imponentes picachos; y aquellas tradicionales capillas de Santa Marina, Santa María y Nuestra Señora de las Ermitas, que aún se conser baban en 1720, y cuyo derribo ordenó más tarde el Ayuntamiento para evitar escándalos y profanaciones: todo eso desapareció al golpe cruel y despiadado de una piqueta mucho más terrible que la de hierro: la de las conciencias libres, la de los espíritus modernos, la de los ideales avanzados.

Grandezas y encantos tuvo la muralla de Lugo para la célebre reina española Doña Isabel II, que contemplaba extasiada, desde sus almenas, los pequeños y deliciosos valles que se extienden á su lado y las pintorescas aldehuelas de casitas blancas y prados verdes que se destacan á lo lejos.

Encantos y grandezas debe tener aún la muralla de Lugo á pesar de las reformas

en ella introducidas, cuando el nieto de aquella reina famosa, el hoy Monarca español, Don Alfonso XIII, demostró singular interés en conocerla.

Y encantos y grandezas tiene sin duda.

Los pueblos, como los hombres, no son otra cosa que reproducciones constantes de sí mismos, y el pueblo de Lugo, el día que haga desaparecer su muralla, dejará de ser la gran ciudad en quien ve Galicia entera un testigo que sus hazañas inmortales y de tus timbres gloriosos.

FERROL

Para el distinguido hijo de Galicia
D. José Albeleira.

No hablo de la ciudad; la conozco muy poco, y esto obedece á la convicción de que nada nuevo podría descubrir en ella. Sus calles y paseos y fábricas y talleres; su puerto, uno de los puertos que más importancia tienen dentro del movimiento comercial; su arsenal magnífico, donde diariamente trabajan infinidad de obreros; sus edificios modernos, de acabada construcción y refinados moldes artísticos; todo lo que hay en Ferrol hállase descrito en multitud de artículos de viajeros ilustres.

Lo que me llamó la atención ha sido su campiña, y en ella, el vetusto y solitario puente de Santa Cecilia de Trasancos, situado en medio de uno de los más ricos y pintorescos valles de Galicia; y no me llamó la atención por su valor histórico, ni por sus grandezas de arte, sino porque representa una pintura gallarda de la Gali-

cia de otros tiempos: es un paisaje sublime.

Allí no llevó el arte nada. La hierva crece exuberante, fresca, lozana; los arroyos juguetean con sus aguas regando verdes praderías; el viento canta armonías secretas entre la hojarasca seca de los robles; las aves pían en sus nidos; las plantas y las flores saturan el ambiente de aromas finos, suaves, exquisitos. En aquel paisaje reina una serenidad augusta, majestuosa. Cortan el horizonte las empinadas cumbres de la sierrecilla de Ancos, escarpada, melancólica, como las tristes y peladas vertientes de los Alpes.

Las tranquilas rías de Ferrol y Cedeira corren por ambos extremos del valle, cerrando el espacio que ocupan sus huertos floridos, sus arboledas frondosas.

Al Sur extiéndese una llanura inmensa y alegre, cortada por la carretera de Ferrol á Rábade, que se divisa en la lejanía como cinta serpeadora atravesando vegas riquísimas y fértiles praderas; y luego, más allá, tras una pequeña colina cubierta de olivos y cerezos, destácase Ferrol, sencillo y bullicioso, con el aspecto de esas villas modernas donde todo sonríe al que por primera vez las contempla.

El puente de Santa Cecilia de Trasancos, es uno de los paisajes más hermosos de Galicia. Allí está lo viejo, lo antiguo, lo severo, lo que habla al corazón y á la memoria, lo que despierta en el alma el sentimiento de la belleza y del bien, lo que aleja del ánimo la dolorosa visión de la realidad prosaica y fría.

II

El puente es de cantería, toscamente construído y cubierto de yedras y de musgo. Su arco único, de perfecta forma semicircular, deja anchurosa entrada á un riachuelo que cruza entre zarzales espesos, produciendo murmurios quejumbrosos. Allí la sombra es tupida. Bajo las ramas de los álamos y abedules no penetra un solo rayo de sol. Las mujeres de aquellos lugares cercanos, las aldeanas de Ferrol, frescas y rubias como cerezas, tienen su lavadero, su **lavadoiro** clásico junto al mismo puente.

En las tardes de estío es digno de verse el grupo encantador que forman las jóvenes de la aldea, con los pies descalzos en el agua, el corpiño desabrochado y suelto, entonando con desenfado gracioso magníficos aires populares.

Y sobre la cuesta del puente vénse con frecuencia grupos alegres de niñeras y chiquillos, que van desde la ciudad á disfrutar el fresco agradable de aquellos lugares, donde la Naturaleza se entrega á todas sus voluptuosidades y á todos sus caprichos.

Cada uno entiende á su manera el arte; es decir, la esencia del arte. Yo, que también tengo algo de neurótico en mis apasionamientos artísticos, busco para halagar mis ansias de solaz y expansión, aquello que más elocuentemente me habla al espíritu; y lo encuentro precisamente en esos sitios en que en vez de naves y arcadas, y columnas y capiteles y arcoslios y ventanales, hay esa paz solemne del alma, ese reposo augusto de la conciencia, que enciende en la fantasía la llama de los grandes ensueños y hace surgir en el corazón el afán íntimo de los placeres ideales....

Si en el puente de Santa Cecilia se buscan las atrevidas construcciones del arte moderno, no se encuentran. El ingeniero, el arquitecto, el maestro de obras, no tienen nada que estudiar allí; pero en cambio, el poeta, el músico, el pintor, el dibujante, el literato, hallan en la sublime poe-

sía de aquellos paisajes, un foco inagotable de inspiración.

La vetusta simplicidad de aquellas canterías amontonadas por la mano del árabe soñador ó del romano guerrero, habla con un lenguaje más hermoso, más sujestivo, más grande, que la monótona igualdad de cien capiteles gallardamente cincelados ó de cien columnas artísticamente vestidas.

¿GALICIA PROGRESA?

Para D. Juan José Domínguez.

Raro es el día en que no llegan á mi mesa de estudio, como invitándome á trocar la sencilla labor del artículo literario por la fatigosa tarea de la crónica social y política, alguna revista, algún folleto ó periódico en que se dilucida libremente acerca de la situación actual del pueblo gallego, y se hacen conjeturas, con honores de cálculo, sobre su porvenir en los distintos órdenes de la vida pública.

Infeliz de aquel que tomando en serio las distintas opiniones sobre esta cuestión emitidas, se dedicase á recogerlas y analizarlas: el manicomio sería el fin obligado de ese colosal esfuerzo del espíritu.

Bueno es sin embargo que se conceda atención al trascendentalísimo problema que en sí entrañan las evoluciones sucesivas de nuestro pueblo, porque, cuando menos, significa una reacción del amortiguado entusiasmo patrio, favorable desde luego al desenvolvimiento de nuestros ele-

mentos de defensa en la gran batalla del progreso universal.

No hay nada tan hermoso como el pasado, en que viven nuestras glorias como esfumadas en la niebla densa de los siglos; pero tampoco hay nada tan grande, tan poderosamente grande, como la resurrección valerosa de un mártir que surge á la luz de la civilización, á la vida positiva del trabajo, que es la génesis fecunda de todo desarrollo material y de todo prestigio en el concierto de las grandezas humanas.

Y el mártir que resucita es Galicia, y resucita con fuerzas nuevas, con alientos mayores, con energías adquiridas en su propio letargo.

Sepultados bajo el peso de una política rudimentaria, irreflexiva, inquisitorial, no hemos podido demostrar al resto del mundo que aún nos quedan armas para luchar, y aspiraciones y anhelos é ideales para construir sobre las cenizas de la Suevia hermosa, el trono de la Galicia grande; para arrancar el antifaz estúpido de la idiotez con que se ha pretendido velar nuestro rostro, y mostrarnos, no los trovadores aventureros ni los galanes caballerescos de la Edad Media, sino los ciu-

dadanos cultos, los hombres pensadores y laboriosos, los miembros de una sociedad que nace al calor de los tiempos modernos.

Sin embargo, la obra de redención empieza. La piqueta demuele cumbres, la pólvora destruye montañas, el arado construye surcos, la sirena de la fábrica rompe el silencio de los yermos, el taller con sus ruidos alegres sustituye al templo con sus cantos funerales, la locomotora anima la soledad de los montes, el labrador cultiva vegas inmensas, la sierra despuebla pinares dilatados...... el mañana sonríe con la alegría feliz de la esperanza.

Son los primeros rasgos del artista que empieza la carrera de su gloria; son los pasos, vacilantes aún, con que se inicia la conquista de un porvenir halagüeño.

Galicia tiene derecho á mejor destino. Se lo dan sus riquezas naturales, su situación geográfica, su historia misma, todo. Pero hay una fuerza oculta que la detiene en su camino, componente extraño de factores que se completan y unifican: la influencia incontrastable de las viejas tradiciones en el corazón sencillo de sus gentes, y el peso abrumador de un régimen político tan despiadado y cruel como extravagante y absurdo.

Galicia cultiva sus campos para alimentar las insaciables garras del fisco. Galicia produce y educa hombres para nutrir las filas de un ejército ocioso y satisfacer las exigencias de la ambición que despiertan los tesoros indianos. Galicia honra con la pureza de sus creencias la fe sublime del culto cristiano, para aniquilar sus hogares con prebendas odiosas, para mantener sacrílegos y apóstatas, que cifran su dicha en el cómodo cupón del Estado.

Pero Galicia surgirá un día potente, arrolladora, profiriendo el grito del náufrago que se salva, del paria que se redime.

Así lo hicieron otros pueblos, así lo haremos nosotros, los gallegos, ¡los grandes celtas! ¡los invencibles arios!

LA EMIGRACION

No se puede discutir la mayor ó menor importancia que para Galicia tiene el problema de la emigración, porque toda discusión es inútil cuando tiene que limitarse á un mero engranaje de teorías ociosas y á una lucha ridícula de apreciaciones personales; pero se me ocurre preguntar ante las diversas fases que la cuestión presenta: ¿qué significa la emigración? ¿qué razones de orden fundamental la justifican? ¿qué beneficios prácticos atestiguan su conveniencia?

Galicia es un pueblo distinto del que se forjan algunos visionarios de buena fe, llevados por un irreflexivo cariño al pueblo natal y por un marcado espíritu de rutina cualidades ingénitas de nuestro carácter, patrimonio peculiar de nuestro temperamento, más á propósito para engendrar quimeras que para estudiar fríamente en las enseñanzas prácticas de la vida.

El gallego **no necesita emigrar.** Oíganlo bien los partidarios de la emigración. No-

sotros, lo único que necesitamos, es más amor á la patria, menos ambición y más cultura cívica. Con estas condiciones tendremos lo que no puede darnos ningún suelo extranjero: riqueza pública y prestigio social.

Los que consideran la emigración como una tabla salvadora, vayan por Galicia, y no cierren los ojos ante el doloroso espectáculo de la realidad. Vean sus poderosas cuencas mineras explotadas por sindicatos extranjeros, y contemplen el cuadro tristísimo que ofrecen los campos desiertos y los hogares vacíos; y no vuelvan la cabeza ante el anciano decrépito que deja los últimos girones de su existencia entre los surcos de la tierra, y el niño enfermizo y hambriento que llora en el sucio rincón de un establo.... y luego llévense los brazos fuertes, la juventud vigorosa, á derramar su sudor, que es el sudor de los parias, en los abrasados cañaverales de un ingenio.

En Galicia se contratan obreros de otras regiones para las faenas agrícolas, mientras los hombres del **terruño,** los gallegos, ruedan por el mundo víctimas de un desmedido egoísmo, sin techo que los cobije,

sin mesa que los alimente, sin amigo que los consuele.

Verdad que los despiadados sistemas políticos han hecho de Galicia un pueblo de mártires y de escépticos; cierto, inmensamente cierto, que las tributaciones onerosas matan la agricultura y aniquilan la industria y asfixian el comercio; verdad también que el caciquismo despreciable y ruín levanta sobre nosotros un negro dosel de bajeza y de miseria moral que nos denigra; pero ¿acaso no hubo pueblos en España que supieran sacudir con valor el yugo infamante del sectarismo político? ¿No nos ofrecen un ejemplo digno de imitar los catalanes? ¿Y qué razones hay para que Galicia vaya en zaga á otras regiones en la vida del trabajo? No, Cataluña no se hizo rica y fuerte por la emigración. Cataluña no se ha redimido enviando su juventud á labrar el pan en los campos extranjeros.

Los gallegos debemos sentir menos y pensar más. Somos hijos de una raza dada á las aventuras, entregada á las abstracciones risueñas de la fantasía, y mientras continuemos soñando, soñando como los inmortales antiguos, no lograremos redi-

mirnos. Los pueblos no se redimen soñando.

Más fe en el porvenir, más orgullo regional, menos apatía y un poquito de optimismo, que de todo eso carecemos por completo; más amor al arado y á la azada, que dignifican y ennoblecen, y menos pasión por las riquezas de aquende el Océano. Eso es lo que el gallego necesita.

Y créanlo los voceros de la emigración: ésta es un mal incalculable, una verdadera plaga, una epidemia desvastadora para Galicia.

APUNTES LITERARIOS

EL SOCIALISMO REVOLUCIONARIO

Al Ldo. D. Miguel A. García.

Las cuestiones filosóficas, muy particularmente cuando, por razón de controversias, se transforman en asuntos de escuela ó de doctrina, envuelven siempre un marcadísimo espíritu de pasión que inspira las discusiones interminables y las batallas empeñadas. El Padre Balsalobre, tan hábil en los giros brillantes de la oratoria como sereno y concienzudo en el examen de los problemas intrincados que informan la filosofía moral de nuestro siglo, huye de todo personalismo odioso, y penetrando con paso firme en el campo de la historia, examina fase por fase el laborioso proceso que ha recorrido el socialismo revolucionario, desde sus períodos de gestación lenta y enfermiza hasta la época presente en que logró alcanzar un grado de exaltación violenta y peligrosa.

Desde la tribuna del templo de Monserrate, pudo escuchar el eminente propagandista y defensor de las ideas católicas

los estruendosos aplausos de un público selecto y numeroso.

Publicado ya su libro, aquellos aplausos se reprodujeron en los juicios favorables de la prensa, tributados sin restricciones mezquinas, con espontaneidad absoluta, lo mismo en el grande rotativo político que en la revista doctrinal, lo mismo en las columnas del periódico avanzado que en las del severo folleto católico......

Y es que las conferencias del Padre Eduardo Martínez Balsalobre, llevan en sí mismas un título grandioso al respeto de las ideas que sustentan: el respeto profundo que guarda á las ideas ajenas.

Define la "libertad de pensamiento"... y ¡cosa rara! en su definición no es posible descubrir la intransigencia caprichosa de un tradicionalismo ciego y absurdo, sino, por el contrario, la identificación completa de sus principios con los proclamados por la filosofía especulativa de los tiempos modernos.

Si la "libertad del pensamiento" reconoce como base principalísima el respeto mutuo de las ideas, si esa "libertad del pensamiento" no es otra cosa que la independencia del fuero interno del individuo, el aislamiento absoluto del **yo** pensante

dentro del campo moral, ella basta para entronizar ese **Socialismo** hermoso, enseñado en las encíclicas luminosas de León XIII: de ella emana la verdadera **Democracia cristiana.**

Si Bucher, el sabio materialista alemán, merece consideración y respeto como hombre pensador, por muy descabelladas y erróneas que sus ideas sean; si Darwin no es un loco malvado estudiando la "generación espontánea" y "la selección natural"; si Renán no lanza injurias venenosas ni solapados insultos contra la filosofía cristiana, discurriendo sobre el "porvenir de la Ciencia" ó sobre "la iglesia y la Moral"; si Voltaire no es un criminal ó un asesino propagando los principios de su escuela, principios ilógicos, temerarios, utópicos si se quiere, pero principios al fin; si Zola no es un temible bandido de los campos desentrañando los secretos de una sociedad corrompida; si Proudhon no difama, ni calumnia, ni roba, ni asesina, negando la justificación moral de la propiedad privada; si todos los filósofos y pensadores antiguos y modernos, no han hecho otra cosa que luchar, dentro del derecho y la razón, por la propaganda de sus ideas; si el mismo Padre

Balsalobre apela á la tribuna y al libro para difundir en el público sus creencias y extender sus dictrinas y predicar su religión; si todos cuantos han llevado la influencia de su talento al laboratorio inmenso de la sabiduría universal, merecen gratitud y veneración por parte de la humanidad..... ya está sentada la base de ese gran ideal, tan antiguo como la Iglesia católia: la fraternidad, el amor recíproco de los hombres.

Y esto mismo es lo que con frase galana y pensamiento profundo sienta el ilustre conferencista del templo de Monserrate; esto mismo es lo que informa la síntesis maravillosa de sus discursos.

El socialismo bien entendido, sin las monstruosas aberraciones á que le lleva la terrible perturbación morbosa que se apodera de los espíritus exaltados cuando sus ideales no son aptos para la encarnación real de la vida, merece al Padre Balsalobre todo el respeto de las ideas sensatas. Combate el socialismo degenerado, la negación sistemática del principio de autoridad, del **algo** superior al vulgo profano y abyecto, que transforma la libertad santa en libertinaje odioso: combate la demogagia socialista, el anarquismo.

Nueve conferencias dió el elocuente orador; las mismas que figuran en el libro. Todas ellas son magníficas, soberbias; en todas brilla el fuego de una inspiración fresca y lozana y la fuerza incontrastable de una erudición enciclopédica. Pero donde se descubre al valiente paladín de la lógica, donde se deja ver el espíritu esforzado venciendo convencionalismos rancios y preocupaciones seculares, es en la brillante oración que dedica al matrimonio. Examínalo bajo diferentes aspectos, desde puntos de vista completamente variados.

Considéralo dentro de la moral, estúdialo dentro del derecho constituído, analízalo como contrato natural, y con un esfuerzo de observación delicada y sutil, penetra en las intimidades ocultas del hogar y descubre las causas que en todo tiempo determinan esos cataclismos familiares que han sido y son origen de tantas desventuras.

En suma; los discursos del Dr. Eduardo Martínez Balsalobre, no están rellenados en el troquel de la retórica callejera. Su elocuencia es majestuosa y serena, como la de los antiguos pensadores griegos; su lenguaje, castizo, elegante, sonoro, lleno de imágenes gallardas y de giros pinto-

rescos; sus conceptos, profundos como las sentencias de la Biblia.

II

Para el libro del Padre Balsalobre escribió un prólogo notabilísimo el distinguido jurisconsulto Dr. Secundino Baños Vilar, Presidente del Centro Gallego de la Habana. El Dr. Baños, á quien todos conocíamos como hablista de legítimo renombre, presentósenos de improviso como escritor concienzudo y galano, como polemista de altura, no sujeto á la impresión momentánea del acontecimiento político que hace atiborrar las cuartillas de un fondo, sino encadenado al pensamiento profundo, al meditar sereno y fatigoso de una obra filosófica.

El prólogo de un libro es la condensación, el apéndice, el compendio de las doctrinas que el autor ha derramado en sus páginas. En el prólogo se presenta al autor y á la obra. El prologuista es el primero que se comunica con el lector, el encargado de despertar en el público las primeras impresiones.

Así como en un melodrama, la orquesta interpreta y simboliza las diferentes si-

tuaciones afectivas de la obra, en el libro, el prologuista reasume, sintetiza, representa, la finalidad del problema que le dió vida. Y esto, que es siempre difícil, ó por lo menos laborioso y pesado, ofrece obstáculos gigantescos cuando se desarrolla un pensamiento que de suyo suscita controversias universales.

Las conferencias dadas por el ilustre orador P. Martínez Basalobre requieren un estudio prolijo, un examen largo y minucioso, porque en ellas desenvuélvense una de las cuestiones más arduas, más intrincadas y obscuras de la filosofía contemporánea. Y el prologuista ha realizado ese estudio, con un admirable espíritu de observación, con una sagacidad y una sutileza tales, que bastan para llevar á sus manos al escalpelo del crítico más autorizado.

El Sr. Baños diserta brillantemente sobre la importancia que tienen en nuestros días los estudios sociológicos, lamentándose justamente de que en el país de las Antillas, donde por razón de las corrientes sociales que van apareciendo y aumentando á medida que se acentúa y caracteriza la influencia de la raza sajona, se hace más necesario un cauce amplio y expe-

dito, haya pensadores y aún sabios, consagrados por el aplauso general como tales, que miren con desdén la Sociología, cuyo imperio es harto notable dentro de los estudios y tendencias de nuestro siglo.

En los mismos Estados Unidos de América, donde hay doctores para todas las ciencias, periódicos para todas las ideas y satélites para todos los principios, así en filosofía como en política, nada más abandonado que los ciencias sociológicas, como si ellas fuesen inútiles para la educación moral de ese espíritu esencialmente mercantilista y calculador que domina en todas las esferas de la vida pública.

Don Secundino Baños pasa una ojeada rápida, pero penetrante, escudriñadora, por algunas naciones europeas, contempla el desenvolvimiento que adquieren las ciencias naturales en armonía con su cultura cívica, hace comparaciones prudentes y deduce consecuencias amargas y dolorosas en el fondo.

Rebate luego vigorosamente, penetrando en otro orden de ideas, los pretendidos fundamentos científicos de ciertos autores para negar la existencia de un culto, rudimentario, imperfecto, pero innato, en el corazón del hombre, y por fin, penetra

con los briosos alientos de una dialéctica irreprochable y de una argumentación sólida y potente, en el estudio del "Socialismo Revolucionario," estudio condensado, compendioso, rápido, pero repleto de conceptos sentenciosos, de razonamientos viriles, de silogismos valientes, formulados en frases cortas, concretas, precisas, como las de los sabios antiguos.

Las noventa y cinco páginas que comprenden las conferencias del Padre Balsalobre, hállanse resumidas en unos cuantos conceptos, encerradas en las pocas hojas que abarca el prólogo del Sr. Baños, atestiguando su refinado espíritu de asimilación, su cultura social y científica, su inteligencia clara, habituada á las grandes luchas intelectuales, y su perspicacia notable en los complicados problemas de la crítica seria.

"MAREIRAS"

(Drama en gallego de Manuel Lugrís.)

Para un amante de Galicia:
Ldo. D. José López Pérez.

I

Es un drama moderno, simbólico, crítico, perfectamente planeado dentro del campo en que se desarrolla el carácter esencial de la aldea gallega. En él hay pinceladas vigorosas, símiles magníficos, descripciones gallardas, y una forma castiza, robusta, sencilla y espontánea.

Lugrís empieza arrancando de la vida práctica los personajes, sin romanticismos fuera de moda, sin el forzado dibujo en que otros dramaturgos buscan la clave de su triunfo; dota á cada uno de esos personajes de rasgos peculiares, característicos, únicos por decirlo así, revelando en cada tipo un estudio detenido de su condición moral, y en el conjunto de todos ellos, un

conocimiento elevado de la sociedad, cuyos íntimos problemas recoge, analiza y desenvuelve.

En las figuras con que juega en su **Mareiras** adviértese al maravilloso relieve, la expresión de verdad natural y precisa que existe en las inmortales creaciones de Echegaray y Dicenta, glorias imperecederas del teatro español. **De mala raza, Malas Herencias, Aurora y Juan José,** no admiten rivales como dramas de costumbres. **Mareiras** gira en la misma órbita artística y literaria, tiene su estética determinada en la finalidad de un problema, y no desmerece de los anteriores en la urdimbre de protagonistas y escenas.

Carmela, garrida moza de 23 años, con un alma apasionada, tierna, romántica, pero sujeta al círculo de hierro que en nuestra tierra han creado la tradición y el hábito, aferrada al rutinarismo ciego de la gente campesina, es un retrato viril de la aldeana gallega, de la sensitiva nacida entre zarzales y fuentes, que tiembla y se agita al arrullo de los grandes afectos pasionales, casi nunca adivinados ni comprendidos por los hombres del gran mundo.

Carmela vive con su madre en una taberna de aldea, envidiada por las demás

rapazas vecinas, y adorada de cuantos mozos la conocen, porque todos ellos han sentido la irresistible atracción de sus encantos.

Cidrán es un fornido **rapaz** de 28 años, con el corazón templado en las horribles luchas del mar; hombre sencillo, y como tal, inconsciente en sus pasiones y caprichos, sujeto al consejo acomodaticio é hipócrita de los que elevan su trono sobre la miseria de los infelices.......

Andrea, la madre de **Carmela**, no es ni más ni menos que una madre muy cariñosa, una mujer de carácter conciliador y pacífico, amante de sus costumbres, cristiana ferviente, aferrada, como su hija, á los lazos de la tradición, y que sólo de vez en cuando se permite proferir frases de respetuosa protesta contra las despiadadas exigencias del señor cura.

En la misma casa de **Andrea** y **Carmela** tiene su habitación **D. Amaro.** Este personaje, que desempeña papel importantísimo en la obra, es un sacerdote ejemplar, alma eminentemente caritativa que rebosa los elevados sentimientos en que se inspiran los ideales democráticos modernos. Ama á la humanidad porque en ella hay muchos desgraciados y los desgraciados

son sus hijos. Harmoniza las máximas sublimes del Evangelio con los principios santos de la fraternidad universal, base principalísima de todas las sociedades humanas. Y mientras el otro, el cura párroco cobra rentas crecidas por misas y prebendas, **D. Amaro**, el modelo sublime de la caridad cristiana, el apóstol venerable de las grandezas evangélicas, agota su pequeño patrimonio en limosnas, dadas con la espontaneidad generosa de los espíritus gigantes.

Pues bien, este verdadero hermano del gran Jesús, de aquel maestro inimitable que estereotipó con su sangre el sello adorable de sus doctrinas, vése relegado al desprecio y al olvido de los demás ministros de la Iglesia, de los que poseen joyas y adquieren fincas y construyen palacios y cobran cupones del Estado y viven rodeados de comodidades y lujos á costa de la candidez de sus fieles.

Sí, á mareira e moi negra, e moi mala, pero dinantes conviña arrematar co'esas mareiras que viven nas concencias de certos homes; mareiras que revolven as purísimas augas da caridade evanxélica.

Estas frases que Manuel Lugrís pone en boca de **D. Amaro,** bastan para describir

la personalidad moral del mismo. Vive, como ya dije, en compañía de **Andrea** y de **Carmela**, infundiendo aliento y valor en el ánimo de estas dos mujeres que sufren con resignación cristiana los horrorosos sarcasmos de la miseria; que comen el negro caldo de **grelos** mientras van á enriquecer las arcas del señor Cura los huevos, la carne y el dinero; que se ven obligadas á cerrar su tienda por no poder pagar el último trimestre de la contribución.

Paulos, tipo en que simboliza el autor las excelencias ingénitas de un humilde obrero del mar, las delicadas bondades de un corazón oculto bajo toscas vestiduras, condensa y reasume dentro de su acción peculiar en el plan general de la obra, todo el símbolo filosófico y social que tan felizmente concibió Lugrís. Paulos es un joven de 23 años, buen mozo, hombre honrado, pacífico y laborioso: es obediente, respetuoso y tranquilo por condición; odia lo malo con el odio sereno y reflexivo de los que razonan, y ama lo bueno con el amor franco y espontáneo que le imponen sus naturales inclinaciones: lo bueno por lo bueno mismo, allí donde quiera que se halle, sin restricciones ni convencionalismos.

Yo no sé si **Paulos** ha existido realmente. El autor asegura que sí y yo lo creo; pero aun siendo pura creación de la fantasía de Lugrís, he llegado á figurármelo tal como éste lo retrata; cobarde ante la mirada insinuante de **Carmeliña** y excéptico, impasible, ante la faca amenazadora de **Cidrán.** En suma, una reproducción gráfica y exacta del verdadero **rapaz** gallego, sin las mescolanzas criminales, que en la gente de nuestras aldeas han introducido ciertos pulimentos de las ciudades.

¿Y el **Sr. Marcelo?** Un hombre de Dios, como decimos por aquí, capaz de recorrer todos los pueblos de una provincia pidiendo dinero para una misa al **Santo Pelengrino,** y sin atreverse en cambio á solicitar una taza de **berzas** ó de **grelos** aunque no haya comido en ocho días.

El **Sr. Marcelo** es uno de los tipos más verídicos, más reales que pudo concebir cerebro alguno: es el gallego más gallego, la representación fiel y cumplida de nuestro pueblo.

¡Cuántas familias conozco yo que sólo comen durante el año sardinas y pan de brona para reservar los huevos, el trigo, la carne y el dinero al cumplimiento de

los deberes que la iglesia impone en determinadas épocas y ocasiones!

El **Sr. Marcelo** anda de aldea en aldea y de vecino en vecino pidiendo para una misa. El señor cura le dijo que era necesario celebrarla para que desapareciera la **mareira**, tempestad de mar que produce crueles daños á los que viven de la pesca. Y hétenos aquí á los infelices pescadores quitando del pan de sus hijos la limosna con que coadyuvan á la salvadora misa.

Y en tanto, **D. Amaro**, el **socialista**, el hereje, el sacrílego, el apóstata, el ateo, va derramando de hogar en hogar el consuelo y la alegría con unas míseras monedas que valen más que todos los tesoros del mundo, porque sirven para acallar el llanto de pequeñuelos hambrientos, para enjugar las lágrimas de madres amorosas, para infundir aliento en el ánimo de los desgraciados obreros......

II

Hay otro personaje en la obra: D. Perfecto, el señor Cura, cuya fisonomía moral está perfectamente dibujada en las distintas escenas que integran la acción dramática.

La trama es sencillísima, hermosa, verosímil, rebosante de ingenio, de habilidad, de estudio.

Cidrán quiere á **Carmela,** pero tal vez en su afecto hacia ella haya más de la pasión salvaje que inspira la carne de la hembra virgen, que del amor santo, grande, puro, espiritual, sublime, que despierta en el corazón la esposa bondadosa y casta. **Cidrán** es más el **amante** aguijoneado por el deseo que el **prometido** dominado por el amor augusto que nace y se enciende en las conciencias honradas.

Y sin embargo **Cidrán** no es malo; es una máquina que gira en la dirección que la imprimen, un autómata sin más voluntad ni otra vida que la que le imponen sus dueños y señores. El malo es otro, satélite del Infierno que vela su rostro con un antifaz seráfico, espíritu egoísta en el cual se revuelven y confunden todas las perversiones y concupiscencias humanas: el Cura de la parroquia, tipo perfectamente modelado, y que no desmerece en nada de tantos otros que padecemos por nuestras pobres aldeas, constituyendo el oprobio y el baldón de la Galicia moderna.

Carmela dió palabra formal de matrimonio á **Cidrán,** por consejo del buen sa-

cerdote **D. Amaro**, pero tanto éste como **Carmela** sufrieron un error crasísimo al creer que **Cidrán** pdría hacer la felicidad de aquella. La joven no ama á su novio, no hace más que "quererlo," admitirlo, tolerarlo, como se quiere y se admite un objeto que conviene, como se admite y se quiere un regalo por insignificante que su valor sea. Y á esta tolerancia pacífica, razonada y serena de **Carmela** han contribuído distintas causas. La frecuencia con que **Cidrán** la visita, la intimidad natural de las relaciones familiares en toda aldea, las continuas protestas de cariño que van un día y otro día halagando su vanidad de mujer, la perspectiva de un porvenir tranquilo y feliz, los reiterados consejos de **D. Amaro** y la aquiescencia franca y explícita de **Andrea**, inclinan lentamente su ánimo hacia **Cidrán**, pero más bien sintiéndose dominada por una simpatía dulce, por un afecto casto, desinteresado, amistoso, que por un estado pasional violento.

Carmela ve en su novio un hombre dispuesto para el trabajo; joven, enamorado de ella, y como necesita apoyo, protección, amparo de alguien, como vive sufriendo las penalidades y fatigas que supone la

existencia en una aldea vencida por los fueros inquisitoriales, decídese á recoger la vigorosa mano que **Cidrán** le tiende, buscando tal vez más un defensor que un marido. **Carmela** al conceder su palabra, es la virgen que se sacrifica, no la mujer que se entrega realizando un ensueño querido de su vida.

Ella ama á otro: á **Paulos**, y le ama sin saberlo, porque en las rudas enseñanzas de una sociedad hipócrita en parte y en parte inocente, no pudo aprender lo que es amor. Siente por **Paulos** un **algo** indeterminado, vago, indefinible, abstracto, un **algo** que sapara á este hombre del común concierto de los demás. Se emociona cuando **Paulos** habla, cuando **Paulos** sonríe, cuando **Paulos** la mira; y como, al fin es mujer, adivina con la exquisita penetración propia de su sexo, que **Paulos** la ama á su vez.

Entonces surge una horrorosa lucha en el ánimo de la joven. ¿A cuál de los dos preferir? ¿A **Cidrán**? Es lo más lógico, es lo forzoso, puesto que ya empeñó su palabra, y ella no quiere ser una mujer veleidosa ni que el mundo tenga que poner en entredicho su conducta. Pero entonces ¿cómo sepultar para siempre en el fondo

de su alma aquel intenso cariño que siente por **Paulos**? ¿cómo vivir siendo de otro? ¿cómo conceder sus caricias á un hombre que su corazón rechaza, cuando **Paulos** es el verdadero dueño de ellas?

Casada con **Cidrán**, **Carmela** será ante su propia conciencia una pecadora eterna, una adúltera incorregible, aún siendo modelo de esposas, porque el dueño legítimo, el poseedor augusto, es el otro, el desairado en su pasión platónica: **Paulos**.

Carmela entregada á **Cidrán** sufriría eternamente el fallo acusatorio de su conciencia.

Y, de otro modo, romper el compromiso contraído, faltar á la palabra dada con la solemnidad de un juramento, derribar en un instante de impremeditación criminal todo un mundo de proyectos y promesas, presentarse ante su novio y decirle: "Perdóname, fuí una loca, no puedo cumplir mi palabra, no te amo, mi corazón pertenece á otro, aléjate para siempre, olvídame...." no, no, no; eso también es imposible. **Carmela** vivirá sufriendo, pero vivirá con **Cidrán**, si no amándole, honrándole al menos con la fidelidad inquebrantable de las buenas esposas y de las madres honradas.

Y cuando esta lucha espantosa se libraba en el alma de **Carmela**, cuando esta indecisión mortal desgarraba el corazón sencillo de la inocente aldeana; cuando se veía en el terrible dilema que la ofrecían el amor y el deber, **Paulos** y ella se encuentran otra vez, y otra vez se hablan, y otra vez se adivinan, y otra vez se comprenden..... y al fin se declaran los dos. Pero ¿cómo? arrullándose, meciéndose, queriendo devorarse en cada mirada, deseando sorberse en cada suspiro.

Paulos habló inconscientemente, inducido por **Carmela**, siguiendo el camino que ella misma le trazaba bajo la fiebre del delirio que electriza y subyuga y perturba y enloquece en esos momentos supremos en que se desborda el torrente de una pasión frenética, largo tiempo contenida.

Aquella fué una declaración poética, misteriosa, dulce; la inició una mirada, la robusteció una frase y la completaron las protestas más íntimas, las promesas, las lágrimas, las palabras vertidas al oído con el sigilo de los grandes misterios, los juramentos lanzados en explosiones de amor sublime....... Aquello fué un idilio, la unción majestuosa de dos almas á la carroza inmortal de los amores......

Después, la realidad triste de la vida sucede á los dorados ensueños de ventura. ¡También la dicha tiene sarcasmos!

D. Amaro, ¡el **apóstata** grandioso! llama á **Cidrán,** le explica el cambio operado en el corazón de **Carmela,** le enseña lo que es el verdadero amor, haciéndole ver que sin él no es posible la felicidad de un matrimonio, que cuando el amor abandona el tálamo de los esposos, alzan allí su trono la discordia, la desilusión, el tedio, el vacío más espantoso, la desesperación formidable de los grandes odios...... Y **Cidrán** colérico, furioso, busca á **Paulos** y **Paulos y Cidrán** se encuentran y se acometen con la rabia espantosa en que inspiran, el uno su venganza, cruel, sangrienta; el otro, la defensa ciega, fanática de la mujer en quien cifra las ilusiones y las esperanzas todas de su vida.

Y surge el cuadro. Frente á frente, dos hombres que se odian con rencor de fieras; ambos vigorosos, ambos decididos, ambos resueltos á jugar la última partida; dos facas que brillan en el aire como signos fatídicos de muerte, y un angel salvador **D. Amaro** (¡siempre el sacrílego **D. Amaro**! que se interpone en la lucha y recibe la cuchillada primera, la que iba á

hundirse en el pecho de **Paulos**, la que iba á cortar aquella vida tan codiciada por **Carmela.**

Cidrán ve á **D. Amaro** en el suelo derramando abundante sangre por la herida y exclamando: "Sí, matadme á mí que soy ya un viejo y cumplí mi destino en este mundo. Si con sangre podréis calmar vuestras furias, verted la mía, nada más que la mía," cree que en efecto, **D. Amaro** recibió una cuchillada mortal, se espanta, se horroriza de su obra, y huye diciendo: **Non me veredes mais.**

III

El resultado final de la contienda empeñada entre **Paulos** y **Cidrán** determinaría la realización de los bellos ideales acariciados por **Carmela,** si una contingencia funesta, de cuya causa se dará perfecta cuenta el lector, no viniera á provocar nuevas y sensibles desgracias.

Paulos quiere que su boda con **Carmela** se lleve á efecto el día del santo de ésta, y hace para ello los necesarios preparativos. Pero en los momentos en que ambos creen más próxima su ventura, surge un obstáculo formidable: el señor Cura se niega

á casarlos mientras no le abonen cierto dinero que le adeudan por derechos de doctrina, responsos, misas y otras prerrogativas establecidas por la costumbre. Además, **Carmela** y **Paulos** son parientes, aunque lejanos; para casarse necesitan dispensa. El señor Cura se encargó de obtenerla, pero cuesta **treinta y dos duros.** **Paulos** no tiene dinero suficiente para sufragar tanto gasto, y el señor Cura está dispuesto á no perdonar un sólo céntimo de sus derechos y no **hechar** la bendición á los novios hasta que aquéllos le sean completamente satisfechos.

El novio visita á **D. Perfecto,** le suplica, le recuerda su conducta intachable de cristiano, apela á la generosidad de sus sentimientos: nada, ni las razones le convencen, ni las súplicas le ablandan. **D. Perfecto** quiere dinero á todo trance, **Paulos** no lo tiene, fáltanle **diez pesos: doscientos reales.** ¿Cómo resolver el conflicto? Adviértase que todo esto sucede la víspera del día señalado para la boda.

Carmela y **D. Amaro** aconséjanle aplazarla, pero él está resuelto á que se realice el día del santo de su prometida; quiere unir en un solo recuerdo dos fechas tan felices. Pero ¿y de qué manera? **Paulos**

cavila, reflexiona, devánase los sesos buscando una salida.......

Por fin, la encuentra. Al otro lado de la ría, en la aldea próxima, en **Castelo** vive su padrino, hombre bondadoso y de posición desahogada. Le prestará los doscientos reales que le faltan.

Mañán casámonos!—exclama de pronto con la alegría del que descubre un secreto, con la satisfacción legítima del que halla la incógnita de un problema.

Carmela y **Andrea** apoyan la resolución de **Paulos**; el **Sr. Marcelo** ofrécese á acompañar á éste, y pocos momentos después surca la enfurecida ría un débil bote conduciendo á dos hombres.

Carmeliña los contempla ansiosa desde la orilla, sigue con azorada vista los movimientos todos de la pequeña embarcación. La ve cruzando los fondeaderos del puerto, desapareciendo unas vecse entre las olas convulsas y alzándose otras sobre montañas de espuma, hasta que al fin **Paulos** y **Marcelo** se hunden en el fondo negro de las aguas. **Carmela**, en un arranque de desesperación sin límites, maldice la **mareira** que antes privó de la vida á su padre y ahora le roba el único bien de su amor: **Paulos**. Y **D. Amaro**, que siente en lo más

hondo de su alma la desgracia de **Carmela**, dícele al oir la maldición que ésta lanza contra la **mareira** infame:

¡Non, Carmela! Non ten o mar á culpa das suas inconscencias salvaxes! ¡Son outras as mareiras que tragaron á Paulos y á Marcelo....! ¡¡Maldíceas!!

IV

Mareiras no dejará un hueco en la historia contemporánea de la literatura gallega, sino que, por el contrario, llenará una de sus más grandes y hermosas páginas.

Es una escena real, magnífica, maravillosa, de la vida práctica, que á tantos y tan profundos estudios se presta, aún desarrollándose en el mezquino recinto de una aldea.

Acerca de la trama, huelga emitir juicios ni hacer comparaciones; respecto del asunto, la mejor crítica es la contemplación de la vida positiva, en la cual se reproduce un día y otro día la concepción soberbia del joven dramaturgo coruñés; y en cuanto al desarrollo, ya desde el punto de vista escénico, ya por lo que toca á su forma literaria, no cabe dudar que com-

pleta y reafirma y asegura el pedestal en que descansa el edificio de nuestro renombre, gloriosamente conquistado.

Leyendo **Mareiras** experimento algo más que la sensación íntima de lo bello, porque ví en él algo más que la simple y sencilla combinación de un drama bien hilvanado. Ví la representación simbólica de un importante problema social, ví la **mareira** espantosa, la tempestad sorda, traidora, que ruge sin cesar en el fondo de nuestra vida, encadenada á la esclavitud eterna de la ignorancia.

Las oleadas destructoras de la **mareira** política, que invade playas, é inunda valles, y rompe acantilados y destruye costas y sepulta pueblos, las convulsiones furiosas de la **mareira** secreta que se alza en nuestros pobres hogares, aniquilados bajo el peso de tradiciones y leyendas absurdas, constituyen el símbolo eminentemente filosófico del nuevo drama de Lugrís.

El pueblo gallego, laborioso, pacífico, cristiano, sencillo..... ignorante, dejándose oprimir y explotar con la candidez beatífica de los niños: he aquí á **Carmela** y á **Andrea** y á **Paulos** y á **Marcelo**. La Inquisición del siglo XX sin tribunales ni hogueras, pero con palacios y castillos y

cárceles y calabozos; el feudalismo moderno levantándose imponente con su corte de maldiciones é infiernos y castigos tremebundos: he aquí á **D. Perfecto**, el humilde y seráfico pastor.

El instrumento ciego con que se realizan y consuman los planes, el arma que se maneja á gusto y capricho: **Cidrán.** Y el espíritu moderno, grande, generoso, valiente, el signo de redención que surge en los horrores de la esclavitud; el orden, la justicia, la razón, la fraternidad universal entre los hombres: **D. Amaro.**

¿Y Lugrís? La balanza severa, que aquilata y justiprecia al valor de cada uno.

Pero aún he visto y admirado algo más que todo esto en **Mareiras.** En el hermoso país cubano, en este hermoso país que parece haber robado á nuestra tierra las tintas melancólicas de sus cielos y las tonalidades primorosas de sus paisajes, soñaba yo con el rincón solitario de una aldea, arrullada por los rumores del cierzo entre las cúspides nevadas de la sierra, ó acariciada por los besos tibios y lujuriosos de las auras del estío.

Y fuí á Galicia, y ese rincón de mis sueños no lo encontré. La aldea gallega, la típica aldea de nuestros abuelos, se ha mix-

tificado ya. Es un conjunto inexplicable, inarmónico, ingrato al sentimiento, de los hábitos característicos de la aldea y de los refinamientos caprichosos de la población.

Me desilusiona ver una aldea gallega con grandes edificios modernos, con anchas carreteras cruzadas por automóviles y tranvías y lujosos coches, con caballeros de bomba y chaquet y botina charolada, con señoritas de aderezado sombrero y túnico flamante.

Comprendo que todo esto envuelve en sí la idea del progreso, y yo amo y bendigo el progreso; pero no puedo sustraerme á la influencia que en mi ánimo ejerce esa Galicia pasada, mejor dicha, esa aldea tranquila, remota, silenciosa, escondida, ignorada, donde no haya señoritos de levita ni damiselas de sombrilla y abanico. Sueño con el rapaz de manta burda y rústico zueco, con la zagala de ajustado dengue y corta saya, con el gaitero de ribeteadas polainas y torcida monteira, con la casita pequeña que se esconde tras los muros del ribazo ó los castaños del soto, con la campiña verde que se dilata á lo lejos entre paredes de cantería, y con la ermita sombría, triste, que se alza en la falda de

la montaña como altar majestuoso donde eleva sus piadosos rezos el peregrino.

Y todo esto lo veo en **Mareiras**, en el parto sublime de la fantasía de Lugrís, porque aun siendo real y verídica la escena, sólo al autor perteneciera el colorido soberbio de que supo revestirla.

En suma: la literatura regional cuenta con una nueva y valiosísima joya, y el teatro gallego tiene en el autor de **Mareiras** un brazo vigoroso que sabrá comunicarle el impulso que tanto necesita.

URBANO GONZALEZ

Haría falta ser artista para juzgarle. Hay en los profanos del arte, el sentimiento , la emoción estética, que vibra ante las bellezas de un cuadro, como vibra al gustar la sensación rimada de un verso ó al oir la suave melodía de una nota.

Para sentir, basta la simple contemplación de un algo ideal, capaz de herir el espíritu del que contempla. En cambio, para pensar, no basta sentir; es necesaria la colaboración del talento artístico.

Los cuadros de Urbano González, son para mí enigmas hermosos, emblemas bellísimos que admiro y no comprendo, antorchas encendidas que brillan en un espacio lejano, reservado á las sublimes conquistas del genio.

Por eso al verlos siento arrullada el alma por impresiones extrañas, que me hacen renacer á la vida de los sueños, como renace el corazón del anciano á las ilusiones del niño.

Su pincel es la cámara obscura que re-

coge rasgos y colores, tintas y matices, sombras y destellos; y obra en el lienzo, á manera de placa reveladora, haciendo resaltar, como en bioscópica visión, los contornos movibles de una figura.

La sensación plástica abrillanta, ilumina, engrandece la sensación visual. La obra gráfica del artista da relieve á la obra ideal del soñador. La pincelada viviente, animada, sensible, sustituye á la abstracción fantástica, vaga, sombrosa. Sus obras tienen un sello especial, un aire típico: llevan en sí mismas la firma del autor; ya sea éste el dibujante, el paisajista, el poeta del lápiz; ya el pintor, el maestro del arte, el mago de la concepción, el dueño de la paleta.

Urbano canta con el pincel como cantó Bécquer con la lira: es un rimador de las tintas, un músico de la luz. Armonía, dulzura, pasión, ensueño, belleza, alegría, amor, flotan y vibran en las tonalidades de sus lienzos. Junto á ellos, parece que se oye palpitar el corazón del artista, parece que late y vive, como estela de fuego, la llama de su fantasía creadora.

Y pinta y dibuja paisajes gallegos, con sus encantos vírgenes. con su poesía arrulladora, copiando sus galas de arte natu-

ral, como las que uescubre atónito el viajero en las campiñas de Suiza.

¡Cuántas veces me mostraron sus cuadros, reproducida en la vetusta sencillez de una aldehuela romántica, alguna escena del terruño adorable! ¡Cuántas veces, mirando sus gallardas pinceladas, ví dibujarse ante mi vista la imagen de la tierra querida, con sus cielos y mares y montes, y praderas y rías y cascadas! ¡Cuántas ví al rapaz tosco y alegre sonriendo al cielo, como sonreían los viejos de la tradición, mientras escucha á lo lejos, repercutiendo como un eco del alma, la copla amorosa de la aldeana, que le espera con ansia de cariños y afanes de pasión! ¡Cuántas contemplé los solitarios caseríos, íntimos, severos, tristes, ocultos bajo las sombras del valle, semejando puntos de luz en un abismo de sombras! ¡Cuántas ví los prados de esmeralda y los arroyos de plata, donde juega el sol con sus rayos, produciendo cambiantes é irisaciones de aurora!

Urbano González tiene el don de hacer sentir. No hay en sus composiciones la severidad de escuela nimiamente estudiada y aprendida, ni el ultraismo de moda en esta época de extravagancias artísticas,

No es un neuropático. No es una sensibilidad degenerada por la influencia del tropicalismo reinante.

El primer cuadro que conocí de Urbano González ha sido un retrato de su padre; y la explicación es bien sencilla. Ruindades del destino alejáronme de Galicia cuando mis ojos se abrían á la vida de los sueños, y no he podido admirar las producciones del genio, encarnado como soplo de inspiración divina, en el cerebro del artista santiagués.

Después, cúpome el orgullo de recordar al Centro Gallego de la Habana el acuerdo adoptado tiempo atrás por su Junta Directiva, de colocar en el salón de sesiones el referido retrato.

Desde las columnas de la revista "Galicia" hice revivir ese acuerdo é indiqué la idea de que Urbano mismo fuese el autor de la obra.

Poco tiempo más tarde, el Centro Gallego adornábase con el retrato del que en vida fué su entusiasta Presidente.

He aquí por donde este fué el primer cuadro suyo que yo conocí.

Jamás olvidaré aquella escena. Acompañábame Secundino, su hermoso **Cundiniño**, como yo le llamo en nuestros ratos

de familiar expansión. Entramos en la sala de sesiones, y allí, sostenida en un marco lujoso, destacábase fría, impenetrable, serena, la figura de un anciano venerable, de luenga barba y cabellos canos, de ojos en que brillaba una mirada augusta, y labios que sonreían con ese rictus de escepticismo amargo que estampan en el rostro del pensador las experiencias de la vida.

—Ese es mi padre, mírelo usted—me dijo Secundino. Pero en vez de mirar el cuadro le miré á él, y ví dos lágrimas que temblaban en sus mejillas; dos lágrimas secretas, íntimas, hijas del alma; dos de esas lágrimas que sólo puede arrancar al corazón de un hijo el recuerdo del padre muerto.

Entonces me acerqué al retrato, y al examinar aquellas facciones en que los años grabaran su huella imborrable, como símbolo de amor entre la creación y el hombre, descubrí en cada rasgo del artista, un beso amante del hijo; en cada reflejo de luz y en cada girón de sombra, una explosión de cariño ciego, de ese cariño inmenso que ni los tiempos extinguen ni las distancias borran.

Y casi lloré también. Hubiera deseado besar la frente de aquel anciano, dejar un

ósculo sobre la nieve de su cabeza, porque ese ósculo hubiera ido en alas del viento piadoso á reposar en el rostro de otro anciano para quien guardo en el alma tesoros de amor inacabable.

Allí, en aquella figura muda, callada, severa, sobre aquel lienzo animado con tintas y colores, había lágrimas cristalizadas por el sufrimiento, suspiros, recogidos al brotar, en pinceladas sutiles; había amores, idilios, llantos, risas; luz y tinieblas, dolor y alegría, vida y muerte.

Después ví otros cuadros de Urbano González. Marinas de color azul, bulliciosos, retozonas, alegres, como los primeros ensueños de amor en el alma de una virgen; paisajes de suave melancolía, impregnados de ambiente, saturados de aroma, difuminados en la penumbra triste de un crepúsculo; cuadros típicos del terruño, pletóricos de realismo, de verdad, de animación, de vida; esbozos dramáticos de alto relieve, en que brilla junto á la verdad de la concepción, el arte magistral de la pintura.

Urbano es, además, un poeta de fresca inspiración y un prosista de alta escuela. Resumiendo, podría decirse, que es un músico del pincel y un músico de la pluma.

GALICIA

Juan Rivero.—Su estudio de la región gallega

I

Prosistas notables y poetas esclarecidos han cantado y descrito en todo tiempo las bellezas incomparables del suelo gallego. Rosalía Castro y Narcisa Pérez de Reoyo, han inspirado en ellas las notas profundamente melancólicas que palpitan en el fondo de sus versos delicados. Filomena Dato y Sofía Casanova, engalanan hoy el maravilloso encaje de sus composiciones tiernas y sutiles, con los tonos sorprendentes de aquel cielo siempre poético y los matices variados de aquellos paisajes eternamente sombríos. Añón y Curros Enríquez, Camino y Losada, Pondal y Cubeiro, Carvajal y Baamonde, Lugrís y Rodríguez, Meilán y Noriega, hallan inspiración fecundísima en las ondas de sus ríos, en las suaves melodías de sus brisas, en el nostálgico silencio de sus bosques, en el eterno rugir de sus mares.

[illegible] sobre la nieve de su cabeza, porque [illegible] en alas del viento pasaron á reposar en el rostro de otro anciano para [illegible] en el alma tesoros de amor [illegible].

Allí en aquella figura muda, callada, severa, sobre aquel lienzo animado con [illegible] y [illegible] había lágrimas cristalizadas por el [illegible] suspiros, recogidos á [illegible] en pinceladas sutiles; había [illegible] risas; luz y tinieblas, dolor y alegría, vida y muerte.

Después vi otros cuadros de Urbano [illegible]. Marinas de color azul, bulliciosas, [illegible] alegres como los primeros ensueños de amor en el alma de una virgen; paisajes de suave melancolía, impregnados de ambiente, saturados de aroma, [illegible] en la penumbra triste de un crepúsculo; cuadros típicos del terruño, pletóricos de realismo, de verdad, de animación, de vida; esbozos dramáticos de alto relieve, en que brilla junto á la verdad de la concepción, el arte magistral de la pintura.

Urbano es, además, un poeta de fresca inspiración y un prosista de alta escuela. Resumiendo, podría decirse, que es un músico del pincel y un músico de la pluma.

GALICIA

Juan Rivero.—Su estudio de la región gallega

I

Prosistas notables y poetas [illegible] han cantado y descrito en [illegible] las bellezas incomparables del [illegible]. Rosalía Castro y Narcisa Pérez [illegible], han inspirado en ellas las [illegible] mente melancólicas que pa[illegible] do de sus versos delicados. [illegible] y Sofía Casanova, engala[illegible] villoso encaje de sus com[illegible] nas y sutiles, con los tonos [illegible] de aquel cielo siempre poé[illegible] ces variados de aquellos [illegible] mente sombríos. Añón y [illegible] Camino y Losada, Ponda[illegible] vajal y Baamonde, [illegible] Meilán y Noriega, ha[illegible] cundísima en las ondas [illegible] suaves melodías de [illegible] tálgico silencio de sus bosques, [illegible] no rugir de sus mares.

Pintores de fantasía ardiente copiaron en hermosas pinceladas aquellos horizontes sublimes, donde á manera de fantástico espejismo, se retratan los lagos siempre tranquilos, las campiñas siempre verdes, los valles siempre frondosos.

Galicia es una hija predilecta del genio, una mansión oculta del arte, nacida por un capricho de la Naturaleza y depositada allí, en un ignorado rincón de la vieja España, para atestiguar perennemente el espíritu de generaciones grandes, que resurgen agigantadas cuando las evoca la idea poderosa del artista ó el luminoso pensamiento del poeta.

Pero los poetas y los artistas han cantado y esculpido seductoras idealidades arrastrados por el vuelo vertiginoso de su imaginación. Subjetivando la belleza artística, lanzaron cantos de una melancolía extraña y trazaron pinturas de una realidad idílica. Rosalía Castro depositaba una lágrima en cada estrofa. Oigámosla cantar en un crepúsculo de Otoño, y veremos flotar en sus cantos las mismas nieblas vaporosas que envuelven á lo lejos la montaña, el mismo color gris de la tarde al expirar lentamente, la débil armonía de las hojas, secas y amarillas, como cuerpos

que descienden á la tumba. Oigámosla quejarse de la suerte de sus hermanos allá por las abrasadas llanuras de Castilla; es una madre amorosa que llora las desventuras de sus hijos; para ellos quiere la frescura deliciosa de sus campos, el néctar de sus fuentes, el arrebol de sus cielos, los besos de sus mujeres, los trinos de sus pájaros.... las melodías de sus **gaitas**...

Escuchemos al gran Curros anatematizando los convencionalismos de una sociedad fanática; escuchémosle: cada uno de sus versos es un lamento hondo, muy hondo, pero no envuelto en un cendal de lágrimas, no; no es un lloriqueo femenil, no es la explosión de dolor de un corazón indefenso: es una injuria valiente, un reto viril, una especie de convulsión tetánica, donde se agitan á un tiempo todos los nervios movidos por el resorte de una indignación muy grande.

Pero Rosalía Castro y Curros Enríquez pintan en sus versos el desconsolador escepticismo de sus espíritus heridos; reconcéntranse en sí mismos, viendo pasar por sus cerebros el furioso tropel de sus ansias é ilusiones. Rosalía Castro y Curros Enríquez son dos magos de la poesía; sus almas de fuego sienten eternamente la cari-

cia de almas ignotas, engendradas en el ambiente de otros mundos, secretos latidos de generaciones que pasaron, presentimientos extraños de otras edades que vendrán; sus ideales son únicos y comunes: la luz y el amor; su pesadilla constante, la resurección del pasado ó el advenimiento del porvenir reflejándose ante la antorcha mágica de un sueño.

II

El presente de Galicia, la sugestión indefinible de sus encantos; el alma, la esencia, la vida que en ella palpita, su pureza de costumbres, el **algo** peculiar que la caracteriza y distingue, su idiosincracia, en suma, tiene hoy otro cantor sublime.

Hijo de una tierra hermana, estrecha más y más los vínculos que á ella le ligan. Nacido cerca del río y del monte, sabe cuán dulces son los rumores que de la selva y del agua se escapan. Acostumbrado á pensar mirando al cielo, conoce las hermosuras sublimes del horizonte infinito, que une las cordilleras y enlaza los mares de dos regiones históricas, ligadas ya por su pasado grandioso, como se ligan los hombres por la comunidad de sus glorias, co-

mo se aproximan los pueblos por la mutua atracción de sus recuerdos.

Juan Rivero es ese cantor. No busca la sonoridad de las rimas, no apela al efectismo halagador de los versos. ¿Para qué? ¿No le basta, acaso, con las delicadas dulzuras de su prosa? ¿Hay algo más grande, por ventura, que el dominar á capricho el pensamiento, obligándole á vestirse con las galas de una inspiración fecunda, para enriquecer con páginas bellísimas el gran libro de la prosa castellana? Y en la prosa de Juan Rivero hay todas las ternuras y filigranas de una poesía delicada, tierna y sugestiva. Es el cantor que desafía el arte y que le vence en lucha grandiosa; el pensador atrevido y el estilista airoso. En cada frase, en cada concepto, en cada imagen, adivínase el genio independiente y altivo del artista.

Su estilo es el de los grandes maestros: sencillo, sutil, vaporoso. Cada uno de sus giros es una estocada mortal á la escuela romántica y un reto viril al decadentismo de nuestros días. Todo en él revela un cerebro vigoroso, destinado á mirar en el fondo de los objetos para descubrir allí el espíritu que los anima.

Imposible me sería definir el efecto que

me producen los artículos de Juan Rivero pintando á Galicia. Siento la misma impresión ante un retrato descriptivo dibujado por su pluma, que ante un lienzo típico de Fenolleras ó un cuadro simbólico de González. Lo mismo leyendo la prosa de Rivero que contemplando la muda poesía del lápiz ó del pincel, arrancando á la selva el secreto de sus rumores, al cielo la pureza de sus tintas y al mar el azul de sus aguas, siento en mi memoria la caricia de los recuerdos, como si una voz oculta me gritase desde el fondo del corazón obligándome á evocar reminiscencias felices de un pasado inolvidable.

Un campo que se dilata formando anchurosas vegas, bajo el dosel de un espacio por donde surcan blancos girones de gasa; y allí, en medio de aquel verdor fresco y alegre, el ganado apacentando tranquilo y una **garrida** moza tendida á la sombra apacible de las ramas que el corpulento roble extiende sobre el camino. En medio del prado, un arroyo que desliza por la hierba su clara linfa de plata, y cerca, en la vieja pared de cantería, tapizada de yedras serpeadoras, un perro vocinglero que ladra al sentir la campana de la vecina iglesia anunciando la hora del

medio día. Esta es una escena genuinamente gallega. Viéndola estampada en el lienzo, el mundo se empequeñece ante mi vista, y como en las sombras borrosas de una noche de Diciembre, veo crecer y agigantarse aquella imagen, como se agigantan y crecen los objetos mirados al través del anteojo. Miro á Galicia con sus aldeas encantadoras de casas diseminadas y arboledas frondosas; me parece escuchar todo el tragín de sus faenas, oyendo el chirrido de las carretas con sus fuertes llantas de hierro y las voces lejanas del labriego que grita azuzando á sus bueyes; el dulcísimo cantar de las aldeanas que ponen mundos de pasión en sus coplas; las miriadas de microscópicos insectos que se arrastran por el suelo, seres de otra humanidad infinita; pintadas mariposillas que giran locamente alrededor de las plantas; nubes negruzcas que se agolpan en el espacio formando gigantescos torreones.... todo eso descubro y abarco con la mirada sagaz de la ilusión cuando se destaca ante mi vista un cuadro típico de escenas del **terruño.**

III

Leyendo un artículo de Juan Rivero veo

y siento algo más. La Galicia de otros tiempos, aquel pueblo de inmortales leyendas célticas, de peregrinaciones nocturnas y bosques sagrados, el pueblo noble, independiente y guerrero; aquél, sobre cuya historia descansan epopeyas grandiosas: la Galicia fenicia, celta, griega, romana, árabe... deslízase por su pluma como panorama fantástico estereotipado en el cristal. Ya nos la pinta supersticiosa y fanática, movida por la influencia de costumbres extrañas; altiva, fuerte, invencible, como heroína antigua de los pueblos guerreros, ya emprendedora, laboriosa, mercantilista, rebosando el espíritu calculador de otros conquistadores pacíficos; ó ya también sentimental, indolente, voluptuosa, imagen viva del alma oriental: enamorada y sencilla.

Galicia tiene un pasado azaroso. Es algo así como un mar turbulento, en cuya vorágine se revuelven y agitan millares de historias obscuras, relativas á tiempos, hombres y hechos que forman mundos diversos, generaciones y humanidades distintas.

Mirando allá, muy lejos, al través de los siglos, distínguese una raza de cíclopes escribiendo con el buril de sus armas fechas

gloriosas y episodios sangrientos sobre las crestas peladas de montes vírgenes ó sobre el césped alegre de floridos valles: es la Edad Antigua, en que, revueltas las costumbres, confundidos los hombres, mixtificado el idioma, se libra la lucha formidable de las conquistas, el choque feroz de las razas al grito de la ambición.

Juan Rivero describe esta época, como si sobre su mesa existiesen enormes legajos conteniendo un minucioso diario de aquellas legendarias epopeyas.

¡La Edad Antigua de Galicia! Todos los pueblos han tenido la suya, todos tienen un pasado muy lejano que recordar, glorias que adornan su historia y desgracias que entristecen el santuario de sus memorias. Pero Galicia.... Galicia es algo así como un disco de luz colocado en las tinieblas del ayer, un titán que surge invencible del fondo negro de su cueva; la **Fortuna** que flota en su esfera por el mar á merced de los vientos. En las mismas sombras que la envuelven, en el propio misterio que la rodea, tiene la Galicia remota su mayor encanto.

Sus leyendas de oro, sus secretas historias de encantamientos y brujas, de diablos y de difuntos, las misteriosas conse-

jas que aún nos cuentan las torres de sus iglesias, las almenas de sus castillos y los imponentes muros de sus cuevas, constituyen una especie de tradición ó leyenda fantástica, que la aproxima á los antiguos pueblos árabes: románticos y soñadores. Y eso es precisamente lo que los historiadores y apologistas han dejado oculto.

IV

La crítica del espíritu de una raza, de sus condiciones étnicas, el tipo filosóficamente humano, en su relaciones íntimas con el medio y en su lucha eterna dentro del círculo de costumbres especiales de cada época, el sello característico de su esqueleto moral, es para los historiadores, sociólogos y críticos naturalistas de todos los tiempos y países, el problema que se resuelve analizando los trajes, estudiando el desarrollo de la industria, el alcance del comercio, los progresos de la agricultura.

¡Error estupendo! Los pueblos tienen, como los hombres, un alma, un espíritu, una esencia generadora de sus evoluciones políticas, sociales y filosóficas: y en la vida de los pueblos y en la vida de los hombres, hay para el pensador algo más

que el arquetipo físico de la raza, algo superior al estudio etnológico y etnográfico de la sociedad y del ente social, **algo** para cuyo conocimiento es en vano acortar distancias, ni recorrer continentes, ni remontarse á lo inconmensurable del Cosmos, ni descender á las entrañas del planeta: **algo** que no descubren, ni el geólogo en la investigación de los secretos terrestres, ni el lingüista en el estudio de lejanos lazos de familia, ni el paleógrafo en el análisis de documentos remotos, ni el arqueólogo indagando la existencia de razas prehistóricas. Es un **algo** secreto, íntimo, indefinible, un hálito que flota en el alma de las sociedades y en el cerebro de los seres, y que va poco á poco evolucionando en armonía perfecta con las enseñanzas de los siglos y las necesidades sucesivas de las grandes masas humanas.

Para estudiar íntimamente los pueblos hay que sentir con ellos, gozar sus venturas y llorar sus desgracias, vivir su pasado y su presente, recorrer, como ellos han recorrido, la escala de sus glorias, siguiéndolos con el alma al través de su curso por la vida; y esa no es la obra del historiador.

Inquirir en el arcano de los siglos, registrar en los secretos de la ciencia, descu-

brir los misterios que guardan edades y generaciones muertas, es tarea que supone una labor continuada y ruda. Una voluntad firme y una inteligencia sagaz, pueden realizarla. Pero el estudio puramente psicológico, el descubrimiento del **algo** indefinido, requiere la colaboración del sentimiento.

De aquí, la diferencia notable que existe entre Juan Rivero y el apologista propiamente dicho. Este, luchando con las armas de una inteligencia poderosa y una voluntad incansable; aquél, añadiendo á la acción combinada de estos elementos la fuerza del sentimiento despertándose al calor de las caricias que le tributa el genio.

Juan Rivero describe y canta, pinta y refiere, narra y dibuja.

Galicia pasa ante él con sus glorias de ayer y sus bellezas de hoy. Con la misma sencillez entona un himno á la inmortal epopeya del Medulio, que retrata en un vigoroso trazo el encanto virgen de un paisaje. Lo mismo hace una sutil apología del Apóstol Santiago que bosqueja una sonriente perspectiva del Miño rumoroso. Es el científico y el poeta, el artista delicado y el observador profundo, el maestro

que enseña y el músico que deleita, el filósofo que medita y el soñador que fantasea.

Las montañas peladas, las rías ondulosas, las praderas frescas y verdes, y el cielo, ese cielo de Galicia que llora eternas tristezas, inspiran ideas grandes en su cerebro, como si de allí surgiera la fuerza pensadora que le anima.

Juan Rivero siente con Galicia, piensa con los gallegos y con los gallegos vive. ¿La razón de su amor al **terruño?** Sencilla. La misma que el psicólogo tiene para investigar los secretos del alma humana; la misma que induce al anatomista á descomponer y analizar el organismo para reconocer los ocultos resortes á que obedece la vida; la misma por qué el astrónomo observa la inmensidad del espacio para apreciar los millares de mundos que en él gravitan y estudiar los millares de fenómenos que en cada mundo se operan.

Galicia es un libro inmenso, abierto siempre á la inteligencia del hombre, un panorama interminable donde todos hallan algo que aprender. Allí encuentra el pintor colores, el músico armonías, rumores y caricias el poeta y secretos el científico.

Juan Rivero tiene algo de todo eso. Su

espíritu es una mezcla extraña de aspiraciones diversas y anhelos encontrados. Por eso se ve en sus artículos la erudición del que estudia, la profundidad del que piensa y la sutileza y galanura del que burila imágenes gallardas bordándolas con hilos de una inspiración fresca y lozana.

Galicia tiene en Rivero una gloria más. ¿Qué no es gallego? Tampoco lo han sido los Lobera ni los Porreño, los Sandoval ni los Molina, y sin embargo, Galicia les rinde un justo tributo de admiración, pagando de ese modo los gloriosos laureles con que en su época la ciñeron.

ANTONIO NORIEGA VARELA

Tenía yo dieciseis años cuando conocí á Noriega. Leí sus primeras composiciones, saboreé las exquisitas dulzuras de sus primeros versos, y como si entre su espíritu y el mío mediara alguna corriente de secreta y misteriosa atracción, llegamos á identificar nuestras afecciones y anhelos y á sellar un pacto de sincera y entrañable amistad.

El escribía versos y yo los leía; él tañía las cuerdas de su lira haciéndolas vibrar en sentidísimas notas, y yo estampaba aquellas dulces pinceladas, hijas de su buril de fuego, en las ocultas páginas de mi memoria; él gemía al arrancar un pedazo de su alma para depositarlo en cada estrofa, y yo lloraba al sentir el desbordamiento de sus penas y alegrías al través de aquellos acentos quejumbrosos que sonaban á mi oído como notas de música desconocida.

Noriega era el cantor de la montaña, el trovador de la sierra, el eterno pastor, el pájaro enamorado de la selva.

Las armonías del mar no tenían para él tanta dulzura como los débiles murmullos de un arroyo aprisionado entre zarzas; la risueña frondosidad de la ribera no le ofrecía el sugestivo encanto de la campiña montañesa; la bulliciosa y alegre pescantina, la **mariñá** juguetona y alocada, no despertaba en su corazón los mismos sentimientos que una hija del valle, una voluptuosa aldeana, con dengue de terciopelo y zueca de redondo escote. Repugnábale el olor de las algas, y aspiraba con deleite las frescas emanaciones que saturan el ambiente de los sotos y pinares.

Amaba el monte. Cuando una noche helada de Diciembre cubría la tierra con su triste manto, cuando el viento gimequeaba entre las desnudas ramas de los robles y castaños, y la lluvia azotaba furiosa la superficie de los campos, Noriega, escuchando el sentido cantar de la zagala y el "aturuxo" lejano del rapaz al regresar de la "ruada," solía improvisar sus más dulces y delicados versos. Y era que allí hablaban á su alma, y él con el alma respondía; sus estrofas no eran entonces la

simple combinación de sílabas nimiamente medidas y estudiadas, ni el mero conjunto de frases y oraciones sujetas á una ley de metro y ritmo: era un torrente de poesía dulcísima, sutil, arrulladora, un misterioso esparcimiento de afrodisiacos perfumes, que enervaban y adormecían los sentidos. Allí desaparecía el arte de los retóricos para dejar paso al arte de los poetas.

Un sol, que cual inmensa hoguera suspendida en los aires por invisibles genios, va lentamente descendiendo tras la monstruosa cresta de inaccesibles cerros: un horizonte que se dilata sobre valles y montañas, sobre anchurosas cañadas é imponentes peñascos que semejan megalíticos monumentos; un riachuelo débil, murmurador, que arrastra su linfa de plata sobre un lecho de musgo; luego una selva fresca y olorosa donde tienen sus nidos las alondras y los pardillos, todas esas bellezas incomparables de la campiña gallega, son fuentes de fecundísima inspiración para Noriega.

Jamás ha cantado los atractivos del gran mundo, si es que el gran mundo tiene atractivos. Esos salones donde se revuelven y agitan las aristocráticas muchedumbres, tienen para nuestro delicado

poeta, el odioso aspecto de los castillos medioevales, donde los refinados giros de la hipocresía cubrían con su manto de engañadores matices el asqueroso espectro de la mentira, la repugnante calavera de la falacia y la traición.

Nada existe en Noriega que no revele su amor inmaculado á la aldea, pero á la aldea propiamente dicha, á esas aldeas típicas de Galicia, caracterizadas por la adorable sencillez de sus costumbres, por el algo peculiar, propio, que constituye su idiosincracia, que integra su manera íntima de ser.

Entre la suntuosa estancia de un palacio, engalando con los más ricos y valiosos caprichos del arte, luciendo magníficos artesonados y espléndidos tapices, y la pobre morada de unos obscuros labriegos, con su destartalado techo y sus renegridas paredes, Noriega no vacila en la elección. Más de una vez le he visto rehusar la galante invitación para un baile aristocrático y aceptar en cambio, con sincera alegría, la modesta merienda de "cachelos" y sardinas, celebrada bajo los copudos árboles de un soto frondoso.

Una tarde de Agosto paseábamos los dos por la Rambla de Foz.

¿Quieres que tomemos un bote—le dije—y nos vayamos á dar una vuelta por la ría?—No,— me contestó sonriendo con la sonrisa franca y jovial, en él característica,—prefiero pasear por aquí, mirando las pequeñas cumbres de esos montecillos que limitan el horizonte. Así, sueño mejor con la montaña.

Otro día encontramos en la carretera de Villajoane un grupo de señoritas de las que iban todas las tardes á disfrutar el agradable fresco de la campiña, en esas horas tranquilas de los vésperos estivales.

Una de ellas miró á Noriega de tal modo, que casi me hizo sentir envidia.

Antonio—le dije—esa mirada significa algo.

No me contestó. Iba meditando el asunto de una sentidísima composición que escribió aquella misma noche.

Algunos días después supe que Noriega se casaba. ¿Con quién? Con una aldeana hermosa, en cuyos ojos de fuego ardían las dulces llamaradas de un amor de virgen; una mujer joven, de majestuosa presencia y robustas formas, un tipo modelado y perfecto de las hijas de Galicia.

Todos estos detalles prueban hasta qué

punto ama la aldea el joven é inspirado poeta mindoniense.

Conoce á fondo las más íntimas costumbres de los pueblos gallegos; y esas costumbres, que son las suyas propias, forman la cadena á que está ligada su vida.

II

Noriega, satirizando los convencionalismos sociales, ó las aberraciones filosóficas de nuestros días, hablándonos del fanatismo porque viven dominadas nuestras sencillas gentes de campo, revela la sutileza admirable de Francisco Añón y la perfecta maestría de Curros Enríquez; describiendo el variado y sujestivo panorama de nuestras costumbres, sobre todo en lo que afecta á la vida íntima de las aldeas, tiene mucho de la sutilísima perspicacia de Fernández Baamonde y algo del profundo espíritu observador de Manuel Lugrís ó de la delicada sagacidad de Benito Losada; cantando las primorosas bellezas de nuestros campos, hay en su lira la dulcísima inspiración de Rosalía Castro, nótanse en sus versos los valientes y castizos giros de Sofía Casanova; palpitan en el fondo de sus frases las nostálgicas notas

de Narcisa Pérez de Reoyo, y en sus pensamientos, vibra la íntima, la severa lógica de Concepción Arenal.

Cada composición descriptiva de Noriega es un verdadero paisaje con sus tonalidades características y sus detalles de perspectiva acabada.

Para mí tiene una comparación exacta, precisa. Noriega, describiendo, pinta, y como pintor, tiene un digno compañero en Galicia: Urbano González. Cada lienzo de éste es una vibrante y arrulladora poesía, cada poesía de aquél un lienzo donde germina la vida, donde alienta el amor, donde palpita la realidad, donde late la génesis de un mundo iluminado por la antorcha mágica del genio.

Es de sentir que el inspirado hijo de Mondoñedo no cante á las sublimes bellezas del mar. ¡Cuánta dulzura, cuánta majestuosidad habría en sus cantos! ¡qué notas arrobadoras saldrían de su lira! ¡qué tierno, que exquisito sentimiento vibraría en sus versos!.......

Si Noriega amase los encantos de la ribera con el mismo amor con que adora los vírgenes, los salvajes atractivos de la montaña; si admirase la pelada cumbre del peñasco batido sin cesar por las convulsas

olas, como admira el gigante picacho de granito que se eleva, cual espectro, sobre el lomo quebrado de la sierra, entonces sería cada uno de sus versos una primorosa marina bordada con las cristalinas partículas de aquella espuma hirviente, y animada por los quejumbrosos rumores de las aguas, que en su rebullir continuo traen á nuestro espíritu sensaciones nuevas, contándonos misteriosas consejas, acariciándonos con los ecos de lejanos mundos.

Noriega vive en Foz, en un puertecito ignorado, pero hermoso como todos los rincones del suelo gallego. La ribera es allí fresca, risueña, alegre, saturada de aromas que embriagan; el mar, tranquilo, sereno, reposado. Diríase que aquella playa tiene la virtud de contener las temidas furias del Cántabro; sólo alguna vez, allá por las agitadas noches invernales, cuando los vientos del Norte desatan sus ráfagas heladas, óyese el rugir de la barra, parecido á la jadeante respiración de un monstruo dormido.

Pero el poeta no siente la dulce atracción de aquellos sublimes encantos. Sueña con los rumores del bosque, con el pausado murmullo de las fuentes, con el suave aleteo de las aves nocturnas, con el lúgu-

bre tañer de la campana en la solitaria ermita, con la blanda y voluptuosa caricia de las auras, que lloran sentidísimas melodías entre el húmedo follage de las selvas..

Hay, pues, en el alma de Noriega, ese pasionalismo invencible que constituye la esencia del poeta. No se concibe la existencia de este ser sin pasiones ni caprichos, sin excentricidades y rarezas, porque unas y otras forman el distintivo peculiar de algunos hombres, y el poeta es un hombre, con la diferencia exclusiva de que el hombre-poeta vive para sentir, y los otros sienten y conciben y razonan para vivir.

SEMBLANZAS

GALO SALINAS RODRIGUEZ

Hablar del teatro gallego sin recordar el nombre de este glorioso paladín de la literatura regional, fuera heregía imperdonable, fuera despojar á Galicia de uno de sus más ricos blasones.

Galo Salinas vive unido á su tierra, vive unido á los gallegos, no sólo por lazos de sangre, no sólo por vínculos de amor, sino también por sentimientos de admiración, por altos deberes de gratitud.

Desde **Revista Gallega**, por cuyas columnas desfilan nombres tan cariñosos para nosotros, esparce Galo Salinas la poderosa magia de su talento, y en las obras que dió á la escena palpita vivo y hermoso el espíritu regionalista, en cuya realidad descansa el porvenir de la pequeña patria.

Tengo ante mí cuatro obras dramáticas del autor de **Filla**: "Lénda de Horrores," "A Torre de Peito Burdelo," "Gloriosa Derrota" y "La Huelga."

Las he leído como se leen las cartas de un padre: con la emoción, con el afecto,

con la ternura que en el alma despiertan los cariños hondos. Las he leído como se leen los viejos pergaminos donde se ven estampadas páginas de historias queridas, donde se vislumbran fulgores apagados de otros tiempos, de otras vidas, de otros hombres. Las he leído como lee el supersticioso las secretas revelaciones de su oráculo, como lee el turco soñador las sentencias de su Alkoram misterioso. Las he leído con respeto profundo, con la fanática veneración del sectario.

Y es que en los dramas de Galo Salinas no sé que admirar más: si los gráficos simbolismos que los engendran ó su estructura y disposición escénica.

Lénda de Horrores es una representación emblemática de las luchas sordas que laten en el seno de una sociedad hipócrita, donde el cristiano prostituye la fe sublime de sus creencias, escudado en el manto de una religión mentida. No es drama por su forma, pero el asunto es eminentemente dramático.

A Torre de Peito Burdelo sí es un drama, y un drama admirablemente planeado y escrito, un drama que destila verdad, realismo, observación y estudio; que rebo-

sa, dentro de su marco histórico, una gran dosis de crítica severa.

Gloriosa derrota es un diálogo pasional, escrito en prosa castiza, robusta, sonora, musical; en esa prosa en que sin giros forzados ni rancios modismos, aparecen diluídas las ideas, exteriorizados los pensamientos.

Nada más sencillo que la trama de ese magnífico esbozo dramático, que el autor modestamente titula "Diálogo:" unos amores románticos, como todos los amores que empiezan; amores ocultos en el alma, y que al declararse brotan con todo el ímpetu de las pasiones arrolladoras que concibe un corazón á los veinte años; pero este argumento sencillo, vulgar, si se quiere, sirve al autor para hacer un estudio gráfico, sereno, meditado, de esa gran lucha de clases, de esa odiosa oposición de privilegios sociales, que otorgan la cuna y las riquezas.

La Huelga es un monólogo escrito en verso. El orgullo despótico del burgués y el ansia de redención del obrero, la tiranía brutal del encumbrado y la protesta enérgica del vencido, constituyen el fondo moral de esta obra, emblema característico de la sociedad de nuestro siglo.

No conozco más obras de Galo Salinas, pero tiene muchas, y cada una de ellas representa un triunfo ruidoso, un triunfo que se perpetúa en torno de su nombre como aureola de luz, iluminando los confines remotos de la literatura gallega.

No desmaye. Siga la senda emprendida, que suya será la gloria.

Y si el regionalismo por que luchamos los amantes del **terruño**, no es una abstracción quimérica de la fantasía, cuando sea una realidad grande y hermosa, tendremos mucho, muchísimo que agradecer á Salinas y á los que, como él, se afanan por levantar el trono de oro en que ha de sentarse la patria inmortal del gran Murguía.

D. ANGEL BARROS FREIRE

Hay en la crítica, principalmente, dos elementos que guardan entre sí una relación tan estrecha, una dependencia tan íntima, como la sangre y la vida: las aptitudes críticas del que juzga, y los méritos peculiares de la obra juzgada.

Y aquí surge una contraposición absoluta á ese principio fundamental de la lógica: la diferencia inmensa, la distancia incalculable que media entre la obra portentosa que se ofrece al análisis del juicio, y la pequeñez natural del juicio mismo.

D. Angel Barros es la obra, y no se contenta con ser grande, elevada, gigantesca: es además confusa, complicada, multiforme.

Orador, escritor, literato y economista, son los títulos que le adornan; y esos títulos, reunidos de suerte que se unifican y complementan, constituyen una personalidad única, cuyo estudio se dificulta tanto más cuanto mayor y más severo es el examen que de ella se hace.

A D. Angel Barros van dedicadas las cuartillas de mi libro, y al ocurrírseme escribir su semblanza, me convencí una vez más de lo muy acertado que estuve en tal dedicatoria, pues ella me releva de un trabajo, muy grato sí, pero muy superior también á mis fuerzas.

Conocí á D. Angel Barros hace algunos años; y le conocí en ocasión harto dolorosa para él y para los que con él compartimos alegrías y tristezas, desengaños y venturas; le conocí cuando la muerte implacable destruía la felicidad de su hogar, santificado por el amor de una esposa que hasta á la misma tumba conmovió con los destellos radiantes de su malograda belleza, y por el cariño santo de un hijo, que bajó al sepulcro para elevarse á la gloria, envuelto en lágrimas y besos, en bendiciones y plegarias.

Entonces escribí una sencilla, una rápida, una sutil apología del preclaro gallego, á cuyo talento rinde justa admiración la Colonia, y Galicia entera debe perenne gratitud.

En esos días brotaron las primeras corrientes de nuestra amistad, de la amistad franca, sincera y entrañable que hoy nos une.

Mis **Horas de Ocio** ofrécenme nueva ocasión para emborronar algunas cuartillas acerca del hombre que consagra su inteligencia y su vida á enaltecer y dignificar á su tierra; pero sería tonto y pueril invertir páginas y más páginas en pintar méritos que todo el mundo conoce, en elogiar virtudes que todo el mundo aplaude.

No debiera llevar á este libro ni aun la silueta del Sr. Barros. ¿No va dedicada á él la obra entera? Pues ¿qué mayor testimonio de la admiración que me inspira? Además ¿habrá uno solo de mis lectores que no le conozca? Si alguno hubiese, bastaría esta simple recomendación: Registre las colecciones de los principales periódicos habaneros, y en ellas encontrará artículos que son, por su forma, verdaderas filigranas de la prosa castellana, de esa prosa severamente castiza que inmortalizó á nuestros clásicos ilustres; y por su fondo, torrentes de ideas, donde siempre se encuentra algo nuevo que aprender, y algo útil que estudiar.

Asista á las reuniones del Centro Gallego, vaya á los banquetes, á las fiestas populares, concurra al Ateneo, y tendrá ocasión de oir su palabra, dulce y arrulladora como un eco de los galicianos cantos;

viril y enérgica, como una arenga de los legendarios héroes; serena y convincente como una lección de los viejos maestros.

Y aquí tenéis dos, únicamente dos de las diferentes fases, bajo las cuales podría juzgarle una pluma, capaz de llenar esa síntesis literaria de que hablé al principio: "las aptitudes críticas del que juzga y los méritos peculiares de la obra juzgada."

He escrito su semblanza, no para halagar mi vanidad ni la suya, sino como recuerdo cariñoso, hijo de la consideración y del respeto que se merece quien á tan grande altura intelectual supo elevarse.

SECUNDINO GONZALEZ

Una sentencia de Marco Aurelio dice así: "Mira el interior de las cosas. Ten cuidado de engañarte sobre el mérito de cada una." Y yo miré al fondo de su espíritu, del espíritu de Secundino González, y no me engaño. Es un alma joven; un alma que goza, que ríe, que siente. Nació poeta, y no quiso escribir versos; nació periodista, y desdeñó las lides de la pluma; nació orador y esquiva las ocasiones de lucir su palabra arrulladora y vibrante.

E hizo bien. Las ingratitudes son un tóxico mortal para la vida, y en la carrera de las letras no se cosecha otro fruto.

La alegría, la esperana, la ilusión, el entusiasmo, la fe en los ideales, la confianza en el porvenir, constituyen el elíxir de la existencia, el tónico del corazón, el ambiente del alma. Cuando eso falta, cuando desaparecen las sensaciones de la juventud que sueña y ríe, entonces la vida pesa, molesta, tiende á extinguirse, á anularse

en las luchas del pensamiento, como se extingue y se anula, por ley de atavismo fatal, el genio redentor en el caos de la pequeñez humana.

Cuando conocí los primeros trabajos literarios de Secundino González, me pregunté: ¿qué hay aquí? Estas ideas son de un pensador; esta forma, de un estilista; y deduje la conclusión de que era uno de tantos soñadores ocultos en el rincón de sus sueños; uno de esos cerebros aprisionados en la red de la modestia.

Hizo bien; no me cansaré de repetirlo; hizo bien. Para conquistar un nombre respetable, para atraer amistades, para sumar simpatías, le bastan sus dotes de caballero sin tacha, su amor inmaculado á la tierra en que nació, y la admiración que por su talento, por su cultura y por su modestia, inspira á cuantos se enorgullecen con su trato.

Yo conozco trabajos inéditos de Secundino González, escritos como él dice, para sí solo, para solazarse en horas de íntima expansión, trabajos de prosa magistral, destinados tal vez á la indiferencia y al olvido en el triste rincón de alguna mesa; y conservo otros, que, venciendo á duras

penas sus escrúpulos, he conseguido publicar tiempo ha.

Secundino desdeña los triunfos de la pluma. ¿Hace bien? Ya lo dije: ¡posible es que sí! Las venturas de un hogar feliz, santificado por el amor de su esposa y de sus hijos, son su aspiración mayor, constituyen su anhelo más caro.

¡Feliz él, que no pasa por la vida como un hongo despreciado y triste! Cuando sus labios exhalen el postrer suspiro, habrá un pecho cariñoso que lo recoja. Cuando su cabeza, inclinada al peso de los años, toque la tierra helada de la tumba, habrá una mano que deposite sobre ella flores y besos.....

En cambio nosotros, los pobres bohemios, que sin brújula vogamos en el mar de la vida, llevaremos hasta el sepulcro la indiferencia, el desdén..... quién sabe si hasta el insulto. Y nuestras ideas, los únicos tesoros que hemos poseído en el mundo, pasarán á la romana del trapero en rollos inútiles y polvorientos, pobre mercancía que deja al vendedor unos cuantos céntimos de peseta.

PLACIDO LUGRIS

Lamartine dijo: "Las dos notas alternativas del corazón, son la alegría y la tristeza;" y esas dos notas constituyen la estética literaria de Plácido Lugrís, hermano de aquel poeta y dramaturgo coruñés que con "Minia," "A Ponte" y "Mareiras," conquistó una corona de gloria en las lides de la dramática gallega.

Plácido es un carácter alegre, retozón, infantil, que se refleja en sus versos, como la arena brilladora al través de la corriente, como el fulgor de la estrella entre las brumas del cielo, como el luminar de un faro tras la neblina del mar.

Esas dos notas de que habló Lamartine son sus características. Alternan en sus estrofas como alternan en su alma. Por eso le vemos ahora bordando una sentida plegaria ante la tumba de su madre, y después escribiendo un soneto jocoso en que habla de la espuma del puchero, de las mondas de patata, de los palos de escoba y de los pies con sabañones.

Es tierno y sugestivo en lo serio; burlón y mordaz en lo satírico, y tan enérgico, viril y atrevido cuando entona un himno de loa á la patria, como dulce, suave, caricioso, cuando adorna la página de un album ó embellece la flor de una postal.

En todo se revela, se trasluce, se adivina un espíritu inqueto, una carácter impetuoso, un nerviosismo de niño.

Cuando canta á sus recuerdos, cuando un momento de vaga tristeza le invade, cada uno de sus versos es una síntesis, porque en cada uno de ellos pende una lágrima. Leedle entonces, y pensaréis en Pastor Díaz escribiendo sus rimas sobre los peñones fríos de la playa de Vivero.

Cuando está alegre, que es casi siempre, os hará recordar á Labarta por lo ocurrente y á Bretón por lo burlesco.

Así es Plácido Lugrís. Una especie de mariposa con alas doradas: las del corazón.

DR. LORENZO D. BECI

Es una de las figuras más prominentes del intelecto cubano. Letrado talentoso, periodista brillante, escritor castizo, político consecuente, caballero intachable, Beci es, ante todo y sobre todo, un orador de grandes vuelos, un verdadero artífice de la palabra. Y cuidado que Beci, escritor, **pone la pluma** como ya quisieran ponerla muchos que blasonan de insignes periodistas, notables literatos, portentosos eruditos é incomparables estilistas! Mas, con todo y con eso: Beci, escritor, es admirable; pero Beci, orador, es **único.**

¿Quién que le haya oído en los estrados de la Audiencia; quién que le haya escuchado en el salón, en el mitin, en la plaza pública, no se ha sentido subyugado ante el mágico poder de su palabra, ora apacible y tranquila, ya fluída y armoniosa, bien apasionada y ferviente, y siempre, siempre matizada de esplendores que fascinan, que electrizan, que arrebatan, que

esclavizan en la más dulce y bella de las tiranías: la tiranía de la elocuencia?

Pues he ahí la clave de sus grandes triunfos; he ahí el secreto de todas sus gloriosas conquistas.

En la Audiencia, cada informe del Dr. Beci es un acontecimiento para el público, ávido siempre de escucharle, y un éxito positivo, real, tangible, para la causa que defiende. En el mitin político, cada discurso de Beci, cada oración suya es el título más legítimo del partido en que milita, es la voz del apóstol que al conjuro de su verbo, atrae creyentes, suma adeptos, suaviza asperezas, inculca la disciplina, preconiza la cohesión, asegura la solidaridad y afianza los prestigios del organismo político, en que sobresale como figura grandiosa.

Beci en política es un **mirlo blanco**. Puede decirse que no tiene enemigos. Y es que para defender sus ideas, nunca, jamás, falta al respeto que las ajenas merecen. Además, su personalidad, se hace doblemente simpática, porque en el historial de su vida pública no se conocen evoluciones habilidosas, de esas que dejan sedimentos de apostasía. Beci es de los que "se parten pero no se doblan."

Y para terminar, como caballero es el arquetipo de la corrección, de la generosidad, de la consecuencia; un caballero medioeval, tal como nos lo presenta la historia, tal como lo concibe la fantasía.

Así es, torpemente bosquejada, la ilustre figura del Representante al Congreso de la República por la rica región Vueltabajera, que tiene la gloria de contarle entre los más preclaros de su hijos.

WIFREDO FERNANDEZ VEGA

¿Quién es? Un producto de la ley universal, que se dilata y se cumple al través de los tiempos y á pesar de los hombres: la ley del progreso.

Wifredo Fernández es un periodista, un obrero incansable de la pluma, un símbolo del triunfo. Es un cerebro que no duerme, un corazón que no descansa, un espíritu que no se rinde. El va siempre adelante, siempre adelante, sin que le detengan los abrojos del camino ni le desanimen los desengaños de la experiencia. Su alma tiene un temple superior á los convencionalismos vulgares, en su actividad brillan las fulguraciones inquietas del genio.

Wifredo Fernández es un escritor brillante como pocos. Hay en su prosa originalidad de estilo, gallardía, virilidad. Es un periodista que tiene juventud en la sangre y juventud en el cerebro.

Cada cuartilla que atiborra con su letra de rasgos sutiles, caprichosos, retorcidos,

es un torrente de ideas que dejan adivinar el nerviosismo de la mano que las copia en el papel. Cada palabra suya es una sentencia, cada párrafo robusto, acabado, sonoro, musical, un cuerpo de doctrina. Wifredo Fernández piensa y siente, y sabe exteriorizar sus sentimientos y sus juicios, con lenguaje galano, sencillo, magistralmente hermoso.

El observador que se detuviera á analizar las finalidades estéticas que en él concurren, tendría que juzgarle bajo dos aspectos distintos: el de periodista y el de literato; porque en ambas esferas de las letras brilla como astro de crecida magnitud.

Sagacidad, prudencia, talento para estudiar los problemas políticos que informan la labor diaria del periódico. Sentimiento, alma, ideales, para concebir y acariciar las grandiosas emociones de la poesía, del arte. He aquí las dos notas que alternativamente caracterizan al joven escritor cubano, legítima esperanza de las letras castellanos, y una de las más salientes figuras del periodismo moderno.

JOSE M. FUENTEVILLA

Hay dos razones igualmente poderosas que me obligan á ser breve en el juicio, y parco, exageradamente parco en el elogio: la natural simpatía del compañero y el afecto íntimo del amigo. Pero ninguna de esas dos circunstancias podrá impedirme que honre una página de mi libro con su semblanza, ni que rinda severa justicia á sus méritos como periodista de fama, como escritor, como estilista, como literato.

Manuel Morphy, seudónimo que logró hacer tan popular en el mundo de las letras, es un hombre de cuerpo pequeño y espíritu gigante; un cerebro de fuego y un alma de puritano. Su pluma es un intérprete fiel de sus sentimientos. Los refinamientos de su estilo son los refinamientos de su corazón naturalmente grande y generoso.

Fuentevilla es casi una excepción en el periodismo de nuestros días. Enemigo irreconciliable de toda bastarda ambición, ni prostituye su pluma en aras del **bombo**

acomodaticio y estudiado, ni pospone jamás el valor de sus ideas á la influencia del medio político que invade y corrompe los organismos sanos. Fuentevilla, como periodista es un verdadero carácter, una voluntad indomable y una energía poderosa.

Y une á sus condiciones morales dentro de la profesión que tantos y tan legítimos triunfos proporcionó á su nombre, sus aptitudes superiores como obrero de la pluma. Estudioso, activo, incansable, conquistó con esfuerzos propios, sin orientaciones habilidosas, un puesto distinguido entre los maestros que honran las letras castellanas. Es un estilista de primera fila. Y no puede decirse de él lo que de otros muchos literatos de fama que se dedican exclusivamente al cultivo de una escuela, al perfeccionamiento de un género determinado. Fuentevilla no es un sectario de la literatura: es un obrero esclavizado á su oficio, que si á veces es ingrato, si á veces ofrece momentos de duda mortal y horas de amargo desencanto, á veces tiene también días enteros de esperanza cariñosa, de alegría, de triunfo, de gloria.

Morphy tiene sin embargo su fuerte, su círculo propio, peculiar, característico, en

las lides de la pluma: la crítica literaria y artística. Si un día apareciesen coleccionadas en un tomo las luminosas crónicas debidas á su talento desde que su firma empezó á cotizarse en las columnas de los grandes rotativos y de las publicaciones literarias de mayor circulación y alcance, cosa que se me antoja difícil conociendo, como conozco su modestia, tendríamos en ese tomo un verdadero modelo de literatura crítica.

Resumiendo: como periodista, un fuerte inexpugnable, una barrera contra toda concupiscencia política; como crítico, un **cocón** de los artistas, que le quieren y le temen y le respetan; como amigo..... como amigo no soy yo el llamado á juzgarle. Compañero suyo de redacción desde hace años, estudié á fondo lo que valen su amistad y su consejo, y no me parece misión propia de estas cuartillas tributarle elogios personales que pudieran tomarse como fruto de un cariño irreflexivo y de un juicio interesado.

Ya lo dije al principio: es un cerebro de fuego y un alma de puritano.

ANTONIO MARTIN LAMY

Es el crítico de arte que libró campañas inolvidables en la prensa habanera, es el periodista de fama bien ganada, que tiene el entusiasmo y el vigor de los grandes ideales.

Modesto, como lo es por lo general, todo hombre inteligente, ha logrado crearse una aureola de cariño entre sus compañeros de letras, y de simpatía en el público que lee los brillantes partos de su pluma.

Lamy tiene un talento dúctil y vigoroso; un don de asimilación notable. En la crítica artística, analiza con delicado espíritu de observación, y es severo, razonador y lógico en el juicio. En las notas políticas, sabe fustigar con frase cáustica y estudia con frialdad de periodista viejo los más complicados problemas de actualidad general.

En la historia de su vida literaria, no hay más que páginas blancas, limpias como el crisol de las conciencias grandes.

El León Español sacó su nombre del

anónimo y **El Comercio** lo elevó al esplendor que hoy le rodea.

Nitram, como él se firma y como le llamamos sus camaradas y amigos, es, resumiendo sus aptitudes y sus méritos, un periodista de primera fila y un literato distinguido.

CRONICAS ASTURIANAS

LAZOS DE SANGRE

Para el eterno enamorado de Asturias, el respetable caballero y orador distinguido Don Juan González Pumariega.

Hay en el cielo de Asturias la melancolía vaga de los países del Norte; y esa melancolía invade, como el sopor misterioso de un sueño, la tierra, con sus paisajes vestidos de románticos colores y saturados de indefinibles aromas, y el alma, con la nostalgia idílica de aquel mundo soñador.

Hay en Asturias un encanto incomprensible; algo que incita á la meditación y al estudio, como los viejos países de la Historia, algo que pone en actividad el coraóón y el cerebro, el sentimiento y la memoria, la fantasía y la razón. Es algo que se adivina, se trasluce, se vislumbra, en la obscura lejanía de una idea, en el confín remoto de un pensamiento.

Asturias vive en los libros sagrados de

la tradición, en los mágicos idealismos de la leyenda, en las suntuosas mansiones del arte, en los ocultos rincones de la ciencia; y flota como un hálito de amor y de poesía por los confines del genio, esparciendo el encanto virgen de su Naturaleza hermosa.

Asturias y Galicia se adoran. Hay entre las dos una corriente de secreta é íntima simpatía: media entre ambas un talismán poderoso, que las atrae, que las impulsa, que las estrecha, que las une en cariñoso y fraternal abrazo: la raza, el origen, la sangre. Son dos ramas que parten de un mismo tronco, entrelazadas, confundidas, como las hojas en la flor, como las ondas en el río.

Asturias y Galicia tienen la misma penumbra en sus cielos, el mismo aroma en sus campos, las mismas armonías en sus brisas, la misma nieve en sus montañas.

Visitad Asturias, y veréis en cada aldehuela escondida, en cada paisaje ignorado, una pintura gallega.

Casitas pequeñas, con viejos ventanos de cantería donde verdean las hojas de malva; huertos floridos, praderías inmensas con riachuelos y fuentes y arroyos; pinares en que gime el viento con melodías

de guzla y sollozares de gaita; mujeres en cuyos corazones laten amor y poesía, la misma poesía que flota en el ambiente de su tierra, el mismo amor que cantan, en armonías sublimes, los rumores de sus bosques y los gorjeos de sus aves.

Id á Asturias, y veréis al gaitero de zamarra pintada y larga polaina recogiendo en su música sencilla, retozona, delicada, las notas que dejaron dispersas por el viento la lira de Jovellanos y el clarín bélico de Pelayo.

Id á Asturias, y veréis aquellas rías ondulosas que semejan inmensos lagos de plata, y aquellas montañas escarpadas, solitarias y tristes como los Picos de Europa.

Id á Asturias, y veréis la nieve que cubre en invierno sus campos, y oiréis el silbar de los vientos en la costa, y el zumbido de los mares contra los riscos de la playa, y al bramar de las fieras en los escondrijos del monte.

Y luego decidme si Asturias y Galicia no tienen los mismos secretos y misterios para el hombre.

ASTURIAS EN LA HISTORIA

Como dos fuerzas que se atraen; como dos almas que se buscan; como dos pensamientos que se unifican y compenetran, viven Asturias y Galicia, abrazadas por un lazo remoto, encadenadas por un yugo eterno.

Son dos girones sangrientos de la monarquía gótica, dos despojos heroicos de aquel mundo que entonó el primer himno de victoria en las cuevas ignotas de Covadonga.

El nombre de Asturias suena como un grito de guerra lanzado en los peñascales abruptos de la montaña: es el grito de astures y galaicos que derrotan á los hijos de Islam clavando en sus tiendas el pendón santo de la fe; el grito de astures y galaicos que sacuden el yugo de Octaviano y vengan la ferocidad de Publio: son los hijos del gran Fruela que levanta en la soledad triste de un campo la ciudad famosa de Oviedo; son los valerosos soldados de Alfonso que vencen al altivo y or-

gulloso Ramiro II; son los mismos que defienden contra las discordias civiles, fruto de ambiciones bastardas, el trono de Ramiro III.

Y siempre que el nombre de Asturias aparece en una página de la historia patria, surgen en la memoria aquellas epopeyas sublimes que aún repercuten por los ámbitos de España, como eco de gloria inextinguible, como nimbo de luz redentora.

Asturianos, eran los que en mil contiendas belicosas proclamaron y mantuvieron el reinado de Doña Urraca, á la que adoraron como á una imagen de sus altares; asturianos, los que en León doblaron la cerviz del sanguinario Almanzor, el temido león de las huestes agarenas; asturianos, los que vertieron sangre leal, sangre de héroes españoles, al lado de D. Juan I; asturianos, los que escribieron el glorioso epitalamio de Rioseco en titánica lucha contra la invasión francesa; asturianos, los que supieron preparar un trono de flores á Catalina de Lancaster, aquel Principado hermoso que fué cual nido de amores y venturas para el Infante D. Enrique; asturianos, en fin, los que tantos días de gloria proporcionaron á la invicta monarquía de los Alfonsos.

Y esos asturianos, son los hijos de la gran familia celta, dividida más tarde por las fronteras del territorio, pero siempre unidos por el vínculo sagrado de la raza, que esa no reconoce soberanías de reyes ni caprichos de magnates.

Entonces conquistaban laureles para la patria; hoy conquistan páginas de honor en la historia de la civilización moderna.

ASTURIAS PINTORESCA

Tienen los paisajes asturianos cierto encanto original; cierto misterio indefinible que impresiona y atrae. En ellos vive la esencia del arte y de la poesía.

Cruzando un desierto arenoso, triste, sin vegetación, sin sombra, tostado por los rayos del sol canicular ó barrido por las rachas del huracán furioso, recuérdanse los parajes abruptos, montañosos, solitarios de Asturias; aquellos páramos inmensos, escarpados, como las planicies castellanas, aquellos yermos llenos de luz y faltos de vida como las pedregosas llanuras del Asia, aquellos horizontes abiertos, dilatados, ignotos, como el cielo sin nubes de América.

Alrededor de la costa, y como sombras amigas que velan al navegante atrevido, álzanse los picachos de sus cabos: el de Peñas, arrullado por las ondulaciones suaves de las rías de Avilés y Perán, y el de San Lorenzo, que bordea la profunda ensenada de Gijón.

Y contrastando on la soledad triste de esas montañas, tiene la alegría apacible de sus campos.

Sorprende ver aquellas praderías riquísimas, en que palpita la lujuria, en que flotan aromas excitantes, aquellos bosques y pinares adormecidos por los rumores del Nalón, acariciados por las fresas brisas del Navia, perfumados por las emanaciones sutiles del Eo, ensordecidos por el murmurio poético del Sella.

Y aquellos pintorescos plantíos de manzanos, aquellas **pumaradas** olorosas y alegres, como se las llama en el delicioso **bable** astur, que se extiende desde las vegas frondosas de Llanes hasta los huertos floridos de Avilés; y aquellas arboledas soñolientas, rumorosas que rodean á Castropol, á Villaviciosa, á Infiesto, y aquellos valles poblados de castaños y alisos, y aquellos montes sembrados de pinos gigantescos y aquellas tierras cubiertas de fruto abundante y rico, son el canto de amor, son el himno de gloria que entona la cuna inmortal de Candamo, la patria sublime de Carreño.

Nadie puede visitar, sin sentirse poeta, la campiña asturiana, porque en ella flota un ambiente de poesía que contagia las al-

mas, de igual manera que la dulce melancolía de la tierra, contagia el carácter de sus hijos.

RAPIDAS

EL ARTE

El arte es la manifestación más culta y más grande del espíritu humano. En la sublimidad de sus concepciones, indaga, copia y retrata lo más íntimo, lo más recóndito, lo más secreto que alienta en el espíritu de los hombres, que palpita en el recuerdo de las generaciones, que flota en la vida de los siglos, que late en la inconcebible inmensidad de los mundos.

Para el arte, el pasado se une con el presente y éste se enlaza con el porvenir. El ayer, el hoy y el mañana, son para el arte tres escalones, tres grados, tres lugares de un espacio inmutable, tres puntos de una esfera en cuyo círculo giran sin cesar las mismas figuras con matices diversos, con tonalidades nuevas, con perspectivas extrañas.

El arte es la continuación incesante de la vida; pasan los tiempos, las costumbres, los hombres y el arte se encarga de perpetuarlos, ya en la misteriosa dulzura de una nota, ya en las deliciosas armonías

de una rima, ora en los bellísimos coloridos de un lienzo, ora en los contornos de un arco, de una almena ó de una torre.

Por eso adoro yo el arte; por eso admiro yo á los artistas.

El arte es para mí algo que no puedo comprender, ni estudiar, ni definir. Es el dolor y la alegría juntos, la maldad y el bien, lo pasajero y lo eterno, lo grande y lo pequeño, lo odioso y lo sublime.

Lo dijo Roque Barcia: El supremo ideal del arte, es el dogma augusto del misterio, el entusiasmo del martirio y la apoteosis del dolor.

¿REDIMIDA?

Para Juan Rivero.

No sé quién soy ni necesito saberlo. En los arcanos profundos del tiempo flota el misterio inexcrutable de mi vida. Soy una de tantas que cruzan el mundo sin ruido, sin escribir página alguna en el gran libro de las memorias humanas; soy una del montón obscuro y anónimo, un personaje de la eterna comedia, una figura inapreciable y borrosa: una cualquiera.

Ignoro á dónde voy y quién me lleva. Deslízome en las multitudes impulsada por desconocidos resortes, obedeciendo las leyes de un fatalismo cruel. ¿Quién conoce mi destino? Nadie. Giro en los vientos del azar, como gira la brizna de papel en el torbellino del huracán. Voy sin brújula ni timón; el puerto que me espera, es el mañana; el faro que me guía, el corazón; la fuerza que me arrastra, la conciencia.

Y en el monótono correr de mi vida oigo una voz cariciosa y melíflua que me llama: es el **Placer.**

Y corro hacia él, como el árabe del desierto á la sombra apacible de la palma, como el enamorado á la ambrosía feliz de los besos. Amar es mi fin; el amor hace sentir, eleva el espíritu á las regiones del ensueño, y yo quiero ver desde lo alto como lucha la sociedad, salpicándose de lodo, quiero contemplar ese gran baile de máscaras amenizado por la orquesta del oro.

Virgen ó hetera, el mundo pensador concederáme el mismo premio. Mientras arda en mis ojos el fuego de la pasión, mientras conserven mis labios la copa de la locura, mientras haya entre mis brazos el tibio calor de las caricias y brote de mi cuerpo el baho tentador de la carne, todo sonríe, todo brilla, todo fulgura animado por la embriaguez sublime de los sentidos.

¿Y luego? ¡Qué sé yo ni qué me importa saberlo! ¿Que la nieve de los años eclipsa el rubio matiz de mis cabellos y destruye los delicados perfiles de mi talle, y apaga la llama del deseo en mis pupilas y extingue el atractivo enloquecedor de mis formas?

Bueno. Pero no lloraré, como la vestal en el claustro, la pérdida de una belleza inútil. Al verme pasar exclamarán: "Es

una sacerdotiza del amor; las arrugas que hoy véis en su frente, son las huellas del placer, los últimos restos de una felicidad que huyó."

Esa es la felicidad que redime. ¿Estoy, pues, redimida?

PAGINAS DE MI HISTORIA

Para G....

Y era ella. La adiviné como se adivinan los grandes misterios; la presentí como se presienten las revelaciones instantáneas: por uno de esos actos de maravillosa y rápida intuición del pensamiento, que suple á los prolijos cálculos de la razón. La conocí por el perfume mareante que iban dejando en la atmósfera sus carnes y sus vestidos. Me lo descubrió el temblequear tentador de sus formas, destacándose vigorosas bajo la débil presión de muselinas y gasas. Me dijo que la era, el fulgurar inquieto, febril, intenso de sus miradas, ese fuego cruel que brilla en los ojos de las pecadoras, encendiendo sin cesar la llama de las grandes locuras...... Sí, era ella. Vagaban por su rostro, como sombras imperceptibles, las huellas borrosas del delirio. Sobre los contornos artísticos de su talle, dibujábase la indecisa silueta de un ayer iluminado por la antorcha inextinguible de los recuerdos. Sobre su cabe-

za bailoteaban, como visiones acumuladas por el sueño, figuras extrañas de amantes abandonados, de festines ruidosos; y la sonrisa indefinible de sus labios, parecía evocar la memoria de un pasado lleno de goces cumplidos, de esperanzas satisfechas, de ilusiones realizadas.

. . . .

La noche era obscura, pero serena, silenciosa, augusta. La calle, estrecha, tortuosa, romántica, familiar, y la brisa que acariciaba nuestras frentes, cálida, incitante, lujuriosa.

Ninguno de los dos habló; hay lenguajes más elocuentes que el de las palabras. Los corazones saben comunicarse y entenderse venciendo tiempos y distancias. Las miradas se buscan y se encuentran en las tinieblas más densas...

Ella avanzaba lentamente, con la altivez majestuosa de una Venus, y en el contoneo provocador de sus caderas, y en el rítmico vaivén de su cintura, parecía hallarse escrito el himno vencedor de los amores.

Y la seguí.

. . . .

Era un portalón negro y triste; frío y severo como la bóveda de una tumba.

Allá, en el fondo, lucían sobre amarillos tiestos de barro, algunos claveles rojos, tan rojos como la sangre que en las arterias enciende el primer beso, tan rojos como los voluptuosos labios de una virgen árabe.

Y entramos.

En la obscuridad de aquel lúgubre templo del amor, unas manos que ardían acariciaron mis manos; unos ojos que fulguraban con llamaradas extrañas, buscaron mis ojos; un cuerpo, que se estremecía excitado y convulso, rozó mi cuerpo, y de una boca húmeda y tibia brotó la canción triunfante, la música suprema de los delirios humanos.

Uno y otro juramos. Las almas no se preguntan su historia.

En el cieno de los lupanares nacen á veces sensitivas hermosas, y ella era una sensitiva nacida entre los zarzales del arroyo, criada allí, esperando tal vez una mano cariñosa que la hiciera temblar al arrullo de alguna caricia nueva.

. . . .

Alejábase un barco mar adentro. Los ingentes peñones de la costa iban desapareciendo á mi vista, esfumándose poco á poco en las negruzcas tintas del crepúsculo.

Las olas batían con estrépito, las aves cruzaban por el aire dándonos con sus cantos un adiós íntimo y triste, y una mujer, llorando con ese llano amargo de las pecadoras que han amado una vez en su vida, lanzó al espacio un beso prolongado, expresivo, ardiente,, uno de esos besos que arrancan sangre al brotar de los labios porque llevan en sí trozos del alma, girones del corazón, pedazos de la existencia.

Y parecióme sentir en mi rostro la caricia de ese beso. El viento, piadoso, llevó hasta mí su última despedida.

. . . .

En el rincón sombrío de un cementerio hay una rústica tumba. No tiene epitafio. Las letras que se graban sobre una cruz, cuestan dinero. ¡La muerte es más caritativa que los hombres!

Cerca, muy cerca, como si lo llevase allí la mano del destino, álzase un lujoso panteón. Leamos: **Aquí yacen las cenizas del Barón de X.** Ese fué su primer amante, el que escribió la primera página de su historia, el que arrancó de aquella rosa desecha el pétalo primero.

. . . .

¡Silencio! ¡Silencio! Ya duermen los dos en la augusta paz del sepulcro. ¡Los desposó la muerte!